

MARIÉ ROJAS TAMAYO

Portada: Patricia París Díaz, 8 años, Cuba

Cuento para Jade



Siempre que nace un bebé, se alegran muchos corazones.

En primer lugar el corazón de la mamá, el de su papá, el de los abuelos, tíos y amigos de la familia. Siempre que existe el “amor”... se nos alegra el corazón y esa alegría se manifiesta de diferentes maneras en cada uno de nosotros.

Y el bebé recién nacido va percibiendo y recibiendo ese amor que sienten sus papás, abuelos y tíos y va respondiendo de a poquito al amor “recibido”

¿Cómo? Con sonrisas y sonidos (porque no saben hablar)

Estos sonidos se asemejan al ronronear de los gatos cuando alguien los acaricia.

Los gatos no aprenden nunca a hablar, por eso lo único que pueden hacer “es ronronear” para demostrar su alegría cuando alguien los acaricia.

¿Jugamos a la geisha?

Había una vez una abuela muy, muy alta que tenía una nietita pequeñita (2 años), a quién quería mucho, mucho, mucho.

La abuela acariciaba de diferentes formas a esta nietita.

La llevaba en brazos, cuando la nietita se cansaba de caminar.

La llevaba a pasear en el auto que tenía.

La llevaba a comprar golosinas, juguetes, comida al súper mercado.

La llevaba a jugar a la plaza y la abuela recibía risitas por parte de su nieta hasta que un día, la abuela recordó algo que hacen las geishas.

“Geisha”: mujer japonesa instruida para causar placer a la persona que ella ama. Y una de las caricias que imparten las geishas es caminar por la espalda de la persona que aman.

Un día la abuela del cuento se encontraba un poquito agotada de las funciones que había desarrollado durante el día y su nietita estaba de visita en su casa.

Como su nietita era pequeña, quería jugar y como la abuela estaba agotada... recordó que las geishas caminan por la espalda de quién aman, como una especie de masaje de relajación de la persona agotada.

Entonces le relató a su nietita la historia de las geishas y le preguntó si quería jugar a ser una de ellas y la nietita aceptó...

Y tanto la abuela como su nietita fueron felices; ya que la niñita lo tomaba como un juego y la abuela recibía un masaje afectuoso por parte de su pequeña nieta que le permitía que su cansancio, desapareciera.

Y pasaron los años... y la nietita fue creciendo.

Y ya no pudo caminar sobre la espalda de su abuela pero la abuela lleva gravada en toda su espalda; desde los talones hasta el cuello, y en cada uno de los músculos de su cuerpo, el caminar de su amada nieta con sus pequeños piecitos y las risas que le provocaba a su nietita cuando se tambaleaba al jugar a la geisha...

La nietita era Jade y la abuela ya sabes.

¿Te acordabas?

Es algo que aún hoy y por siempre, me colmó y colmará de felicidad y esa felicidad...

me la brindaste tu, amada nieta Jade.

Ruego a Dios te permita durante toda tu vida, continuar recibiendo y dando tanto amor como el que me brindas.

Te quiero mucho.

Corina Ríos

Pcia de Buenos Aires

ARGENTINA

corinadebsas@uolsinectis.com.ar

Ilustración: Sarah Graziella Respall

5 años

Cuba

Érase una vez



Érase una vez una niña, como florecilla tierna que nació de la tierra. Era un angelito que no debía estar aquí al parecer. El mundo era agreste y poco a poco se sintió muy infeliz. Tenía padres y hermanos, ¡una familia!, eran nobles pero inadecuados para sus sueños (Escuela de padres? ¿dónde?), y empezó a sentirse muy sola, muy triste. Nadie la entendía.

Y empezó a soñar y soñar... y tuvo un gran sueño. Estaba jugando en el campo y de pronto ya era de noche, vio el cielo muy lleno y de pronto.... zas!, una estrella fugaz, "qué hermosa!", surcó ese cielo maravilloso.

Sonriendo y llena de gran emoción pidió su gran deseo: QUIERO SER FELIZ!". Pensando que sería concedido vivió con esperanzas dulces; pero el destino quiso, no sabía porqué, que ese deseo se hiciera un pedido eterno y así no podía cumplirse, (parecía la burocracia divina, ineptitud de los dioses por completo).

La infeliz creció triste. La soledad vino y quedó encarcelada en su corazón. Todos decían que era la niña que no se hacía entender, nunca aceptaban que carecían de ciertos dones para entender un niño (¡adultos!), así justificaban que a veces la agredían...

Ella empezó a hacerse mil preguntas, mil por qué: Por qué existía, si acaso le robara a otro su existencia por qué la suya no tenía ningún sentido. Entonces decidió volar a la soledad de una pradera donde sabe a húmedo y aromas de vida, compartiendo sus juegos con sus amigos los conejos; pero... aún allí se siente triste por el mundo agreste que sólo sabe a extinción, donde ya casi no se ve a nadie... sólo a la muerte y una dama muy lujosa llamada corrupción.

Maria Cristina Palomino Flor

Ilo, Perú.

cristina_ppe@yahoo.es

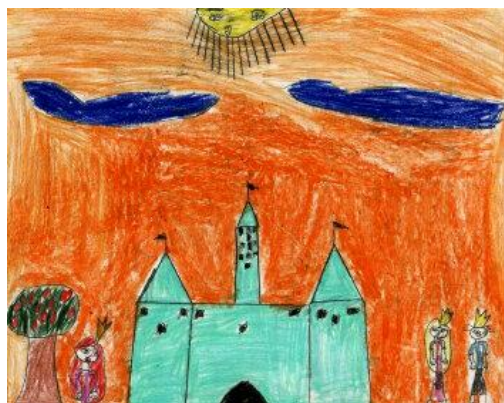
Ilustración: Sarah Graziella Respall

5 años, preescolar

Cuba

El rey desnudo

(Inspirado en un cuento de Andersen)



¡El rey está desnudo!, grité. Es inevitable, el amor por la verdad se paga caro, pensé, cuando vi que los guardias se acercaban. Me dejaron a solas con él. Me preguntó si me animaba a refrendar lo dicho.

Temblando por lo que podía pasarme, repetí. Está desnudo ¿Qué podía hacer si lo único que lo vestía era la corona? ¡Y le queda tan bien! Por una vez me equivoqué, mi denuncia no me ocasionó problemas Todo lo

contrario, me trató como a una reina.

Caperucita y el lobo azulado

Caperucita iba a la casa de su abuela preguntándose por qué siempre le decían las mismas cosas ¿la creerían tonta?

En el camino encontró al lobo que devino azul. Pensó que los dos colores combinaban muy bien y evitaban el lugar común, la boca del lobo, ya que ninguno de ellos era obvio. En estética armonía se traspasaron habilidades, ella necesitaba garra, él del sonido - perfume de las flores.

Se fueron por un camino nuevo y el leñador quedó desocupado.

Encuentro

La besó, le había crecido mucho el pelo, estaba linda y tenía esa determinación de lucha que a veces se equivoca de enemigo. También algo de una nena de ojos oscuros y un vestido con flores, buscado para ella, casi único. Recordó en esa joven a la intensa niña tan despierta. Le hubiera gustado dormirla en sus brazos, así podría bajar la guardia por un rato.

Quizás la había soñado demasiado princesa y se había soñado a si misma una mamá maravillosa que cambiaría toda las historias vividas. Sin pensar en los dolores que pueden filtrarse en los huecos que dejan las palabras sin decir.

Recordó la quinta donde pasaron las primeras vacaciones y ella sentía que paseaba a su tesoro por los jardines de Versalles. No era Versalles era San Miguel, había de todo, lindas casitas, Villas Miseria, un restaurant donde la llevaban en el moisés adornado con broderie rosa.

Cómo decirle ahora después de haber soñado tanto que la vida también es más o menos.

Cómo pedirle que sonría, que no se queme en el sol, que lo entibie.

Que entorne los ojos, con sus grandes pestañas para que todo sea menos rotundo, épico, luminoso o sombrío.

Cómo pedirle que halle lo humano de ese encuentro, cuando su mamá la vió linda, joven, luchadora y tan vulnerable y quiso contarle sin palabras que la quería.

Chau Snoopy

Subido a su casita de perro, recostado en el techo rojo, tiene puestas las antiparras surgidas de su sueño de aviador, filósofa rodeado de niños con olor a limonada .Filósofa distendido del deber de ganarse la vida. Filósofa en grandes globos blancos, donde sus pensamientos de historieta descansan o vuelan.,más acá o más allá de sus sueños con ramitos de olores.

Dispone del paraíso irónico ,de poder tenderse a mirar el cielo.

Recuerdo un pañuelo de seda que lo tenía en sus cuatro costados como distintos personajes surgidos de su deseos. Primero fue un adorno en la pared, después protegió mi cabeza que soñaba con tenderse como él, sobre el techo rojo de una casita blanca ,en un mundo donde tengan cabida los sueños.

Cristina Villanueva

Argentina

pluma@velocom.com.ar

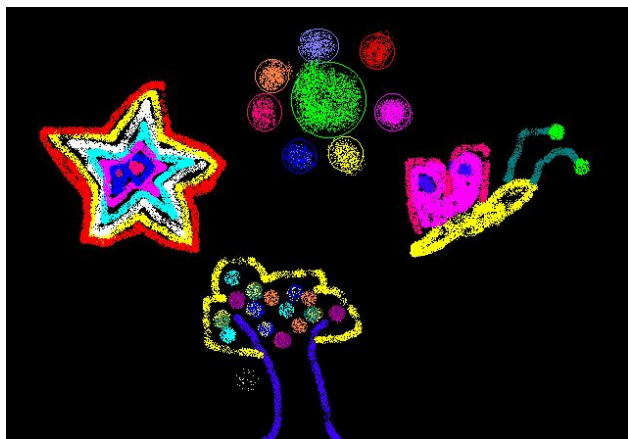
Ilustración: Gabriela Solares

7 años

Escuela Primaria Tomás Romay, Cuba

ideasz@jovenclub.cu

Luces en la Aldea...



A Celeida Bermudez

- ¡Digo Ting-Tong y la pelota salta así cuando yo salto y doy piruetas! - dijo Vanel el duende, cantadito-; ¡resorteando, saltando y lamiendo mi paletaaaaa!...

-Jajajaja - todos rieron y aplaudieron.

- El turno es de Sacú el duende quieto, lo dijo el Hada Azul y pizpireta, abanicó su alas en el patio de luz, sacudiendo su polvos diamantinos...

¡Soy el duende Sacú y no por gordo le copiaré a Vanel!, ruedo mejor que ruedo acá en el pasto, así cuando es que ruedo mis canicas, así cuando yo ruedo la pelota, o bien cuando es que ruedo mi barriga, cuando ruedo que ruedo en mi barrica, o vez cuando yo ruedo en mi tonel....-jajaja, todos rieron viendo como Raúl se rodaba en el piso hasta que lo paró la presencia de un árbol-ufff...

- Toca el turno a Cenob el duende artista, comentó el Hada Azul, abanicó sus alas nuevamente con su polvo de luz; con su vara plateada señalaba el lugar del solar, donde el duende Cenob tendría que comenzar...:

- ¡Giro que giro ahora, voy que giro!- y Cenob cantó- ; como giran ciclones y tornados, como trompo que giro iluminado, combinando colores arcoiris, cuando gira hacia abajo y luego sube el yoyo de mi mano; giro mareado ahora en tanta vuelta y me siento agitado...ufff; cuando no hallo la puerta y veo que gira mi cuerpo atrabancado...uffff..-Cenob daba vueltas y vueltas hasta que el Hada Azul lo detuvo con un lazo plateado saliendo de su vara, haciendo que Cenob detuviera sus giros locos...-jajajaja todos se morían de risa viendo como Cenob parecía un borrachín con los ojos encontrados---

-¡Bieeen...!Toca mi turno ahora dijo el Hada, quiero jugar al todo en movimiento, quiero me sigan todos hacia el viento, donde mis alas vuelan extendidas, para planear contentos....Quiero saltar, rodar, girar al aire, como duendes que son yo los invito; y reparto mi polvos cristalinos, diamantinos que son, brillantes finos, para después volar....

El Hada Azul sacudió su varita y los polvos de estrellas luminosos cayeron en los duendes que curiosos miraban sorprendidos sus vestidos; y en estela de

vuelo desplegado el Hada Azul con rostro iluminado, giró, bailó, rodando por los aires, girando en una danza con los duendes; saltando por las nubes espumosas; en la hermosa mañana iluminada hasta llegar la noche....

Los aldeanos de aquel lugar lejano comentaban a curiosos viajeros, que en las mañanas tal vez no muy temprano; cuatro luces brillantes se asomaban saltando, girando o bien rodaban, por las nubes del cielo mañanero con el ritmo habitual de su bailables. Y una vez llegando el ocaso, las luces se apagaban; , pero al ruido de un ruido bullanguero, cuatro estrellas fugaces se amañaban para danzar en fiestas nocturnales y algunos festivales de la aldea, que al cielo iluminaban...

VIGO

Cuauhtémoc Molina Monroy

México

cuauh_001@hotmail.com

Ilustración: Carolina Fernández-Vega Charadán

10 años.

CUBA

Estudiante de Clarinete en la escuela Alejandro García Caturla.

EL GALLITO CARLITOS PLUMIN

Demos lo mejor de nosotros mismos



El cielo estaba poniéndose todo rojo.
Como tú cuando te descubren haciendo alguna travesura.
¿Qué había hecho? ¡Nada!
Lo que pasaba, simplemente, es que estaba atardeciendo.
¿Miraste hacia arriba en las tardes?
Hazlo. Un poquito antes que se haga de noche, mira el cielo cuando se esconde el sol. Verás que parece como pintado de un color rojo anaranjado. ¡Es algo hermoso!.

Bueno, eso es lo que estaba pasando cuando Carlitos Plumin, el gallito, se puso a cantar enloquecidamente.

¿Un gallo cantando al atardecer?.

Sí, al atardecer.

Siempre hacia lo mismo. A él le gustaba cantar a esa hora del día.

-Todos los gallos que conozco cantan por la mañana - decía - ¿Por qué?, ¿No se dan cuenta que despiertan a la gente?. Tenemos que cambiar. ¡Es tan bonito cantar al atardecer!. En lugar de despertar a los hombres para que vayan a trabajar, yo les anuncio que pronto vendrá la noche y con ella el descanso. ¿No es mejor?-.

Y así lo hacía. Durante cinco minutos la cantaba a la salida de la luna, parado en la punta más alta del gallinero.

Las gallinas murmuraban: *-Es un loco, pero ¡Es tan lindo!-*

Los viejitos del barrio protestaban: *-¡Cállate gallo loco!. Hace rato que amaneció-.*

La gente grande más joven comentaba: *-¡Que caso extraño este gallito!-*

Los chicos sólo se reían.

Plumin tenía la cresta toda roja y levantada. Su traje de plumas estaba matizado de blanco, amarillo y marrón. La cola era bien erguida y blanca como la leche. Su mirada tierna pero segura.

Las gallinitas estaban orgullosas de su gallito. ¡Era tan vistoso!.

Y no sólo eso, también era muy amable. Jamás las maltrataba. Siempre las tenía cerca suyo. Un día picoteaba maíz con una, otro día con otra y así quedaban todas contentas.

Incluso si alguna gallinita tenía pollitos, él la ayudaba en la educación de los pequeñuelos. Les enseñaba a elegir las semillas chiquitas ocultas bajo el pasto, a raspar la tierra en busca de lombrices, a sacarse los bichitos entre las alas y las patas y, por supuesto, a hacerle caso siempre a mamá gallina.

Era muy especial. Se distinguía de otros gallos.

Todos en el gallinero lo querían muchísimo.

-¡Qué lindas y dulces son las gallinitas que andan por aquí! –decía.

-¡Ah!, ¡Qué palabras tan galantes y hermosas, Don Plumin!- suspiraban las gallinas.

-¡Qué lindo es ver a los pollitos portándose bien y aprendiendo cada día más para lograr ser buenas gallinas y gallos cuando crezcan!, ¡Estoy orgulloso de ustedes pequeños! –comentaba.

-¡Y nosotros estamos orgullosos de nuestro gallito!- gritaban los polluelos.

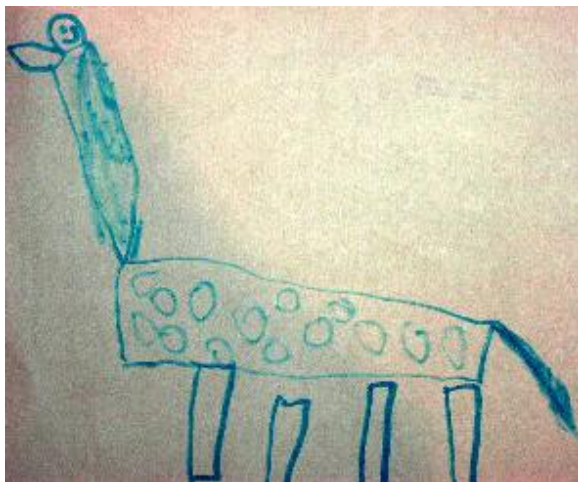
Así pasaban los días y gracias a las buenas costumbres y la alegría que naturalmente caracterizaba a Carlitos Plumin, su fama y su modo de ser trascendió por otros corrales.

Hasta vacas, ovejas y caballos comenzaron a copiar su ejemplo. Se trataban dulcemente, se ayudaban, no olvidaban ser agradecidos con sus pares y con la vida.

Tanto cambió todo gracias a su constante invitación a hacer las cosas bien que una tardecita, cuando Carlitos Plumin se puso a cantar como siempre, todos los vecinos se pusieron de acuerdo y, desde ese día, se juntan para escucharlo y aplaudir su maravilloso canto.

COMO NACIERON LAS BUFANDAS

La importancia de la solidaridad



Las niñas y los niños que viven en la selva saben que a las jirafas, especialmente a las que tienen el cuello tan largo como un palo de escoba, les gusta mucho ponerse un adorno. Y ¿Saben que se ponen?, Yo se los voy a contar.

Algunas usan corbatas muy anchas con rayas, otras se ponen pañuelos de seda muy suave con dibujos, y otras se colocan moños de colores azules, rojos,

amarillos, verdes, naranjas.

Como las jirafas son muy lindas, cualquier cosa que se pongan en el cuello les queda divertido.

Además no las tienen que comprar, ¿Por qué?.

Porque en la selva todos los animalitos colaboran, cada uno un poquito, para confeccionarles los adornos.

Las telas para los pañuelos, las corbatas y los moños, las hacen unas arañitas que tejen muy bien. Se las suele ver moviendo muy ligero sus bracitos para atar finos hilos de seda unos con otros.

Las serpientes se encargan de dibujar hermosos arabescos sobre los pañuelos, contorneándose de aquí para allá.

Para decorar las corbatas con rayas, son las cebras las que prestan su ayuda y experiencia.

Los moños son coloreados por unos lindísimos pájaros con colas muy largas. Ellos pintan usando plumas de colores que agarran con el pico.

Quizá ustedes nunca vieron una jirafa con corbata, moño o pañuelo. ¿Saben por qué?. Lo que pasa es que aquí viven en el zoológico. Como va mucha gente que ellas no conocen les da vergüenza adornarse.

Pero en la selva es distinto. Allí están con animalitos amigos. No sienten vergüenza y se ponen de todo en el cuello. A ellas les gusta que sus amiguitos les digan cosas lindas.

En la primavera, cuando toda la selva se viste de flores y mariposas, las jirafas hacen desfile de modelos.

Las hormigas cubren la tierra con pétalos de flores de muchos colores. Cuando terminan parece como si hubiera una alfombra multicolor.

Los elefantes ponen troncos de árboles a los costados del caminito para que sirvan de asientos.

Cuando está todo listo llegan los animales desde distintos lugares y las jirafas comienzan a desfilan muy coquetonas, luciendo sus mejores moños, corbatas y pañuelos.

Todos las aplauden y les regalan flores y besitos.

Pero una vez pasó algo que no les conté. ¿Saben que pasó?.

Un viento fuerte, pero muy fuerte, y además frío, pero muy frío, sopló por toda la selva. Y por ese viento y ese frío, ¿saben que pasó?.

A todas las jirafas les empezó a doler la garganta. Y como tienen el cuello muy largo, les dolía mucho y casi no podían hablar.

"¡Oh, pobrecitas!" -decían los hipopótamos- "El dolor de garganta de ellas debe ser tan feo como si a nosotros nos dolieran los dientes".

"¡Ay, Ay!" -se lamentaban los burros- "Cuanto dolor deben sentir. ¡Menos mal que el frío no nos enfermó nuestras grandes orejas!".

"Que suerte que yo estoy adentro de mi casita" -comentaba la tortuga.

"Có... Có... Có... ¿Cómo podemos ayudarlas?" -preguntó el gallito, muy preocupado.

Entonces apareció el zorro que, como todos los niños y niñas de la selva saben muy bien, es el animal más astuto.

Se acercó hacia las jirafas y les preguntó: "¿Les duele mucho la garganta?".

Las jirafas bajaban y subían la cabeza para indicarle que sí, porque no podían hablar.

"Me parece..." -dijo el zorro- "que se me ha ocurrido una muy buena idea".

Todos los animalitos allí presentes abrieron los ojos muy grandes, especialmente los búhos que ya tienen los ojos grandes.

"Y ¿Cuál es la idea?" - le preguntaron todos al zorro.

"Es muy sencillo" -contestó - "todos vamos a colaborar para hacer algo parecido a los pañuelos pero mucho más largo y de lana para que sea abrigado. Se lo enroscan en el cuello y así el frío no les hará nada".

"Muy buena ocurrencia, señor zorro" -le dijo el loro- "y yo propongo que a ese abrigo para el cuello lo llamemos: BUFANDA".

"¿Bufanda?" - preguntaron todos los animalitos. "Y ¿Por qué?".

El loro se puso pensativo y caminaba de un lugar a otro, preguntándose: "¿Por qué?".

Luego de un rato pegó un salto y contestó con una sonrisa: "Se llamará Bufanda por es un nombre lindo".

"¡Tiene razón!" -dijo la vaca- "Es un nombre hermoso".

"Un nombre precioso" - dijo el cocodrilo.

"Un nombre fabuloso" -dijo la ardilla.

"Bueno, bueno, basta de hablar y por favor, comiencen a hacer las bufandas que nos estamos muriendo de frío" -dijo una jirafa con una voz muy bajita y ronca.

Y así fue que todos los animales de la selva se pusieron a trabajar para confeccionar lindas, hermosas, preciosas y fabulosas bufandas para jirafa.

Y así fue como, desde ese día, las jirafas nunca más tuvieron frío y dolor en la garganta durante el invierno.

Daniel Adrián Madeiro

Argentina

Madeiro@Tutopia.Com

[Demos Amor al Mundo@Yahoo.Com.Ar](mailto:Demos_Amor_al_Mundo@Yahoo.Com.Ar)

Ilustración: (Gallito) Sarah Graziella Respall

5 años

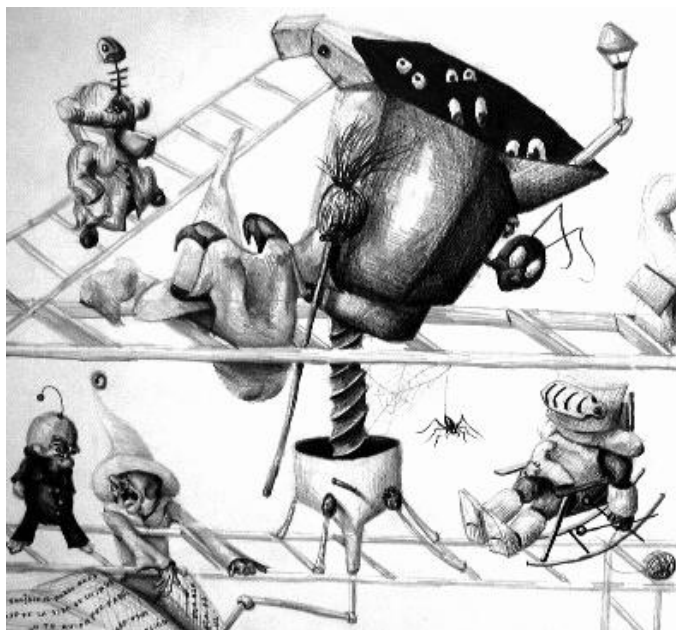
Cuba

(Jirafa) Dorka Sofía Hollosi

4 años

Hungría

EL FANTASMA MAGO



Hace mucho tiempo que había un mago que hacía muchísima magia y un día que estaba haciendo magia, hizo un fantasma y le enseñó dos trucos.

Un truco era para hacerse mago y otro truco era para hacerse una varita y él eligió convertirse en mago y entonces se murió el mago porque ya era muy viejo y entonces el fantasma se hizo una varita y entonces se apoderó de todo el mundo.

Lo que pasó ahí hizo un volcán gigante y que hacía tanto

fuego, tanto fuego, tanto fuego, que se quemó toda la bola menos el fantasma.

Entonces volvió el mago del cielo y le dijo que no utilizaría mis trucos.

No le hizo caso y entonces cogió un avión de magia y se fue a ver al mago y le dijo el mago que me has desobedecido.

Entonces el hechizo que hizo el mago se rompió y el fantasma otra vez ya no estaba.

Y entonces hizo otro fantasma pero de papel. El fantasma de papel vivió pero le hizo caso para siempre.

Y colorín colorado este cuento se ha acabado y colorín colorete la chimenea se tira un pedete.

Daniel Rodríguez Masedo

A los 5 años

España

ramamar1939@yahoo.es

Ilustración: Ray Respall Rojas

17 años

Cuba

EL ZAPATO DE PIEDRA

Hace muchos años, en un país muy lejano, vivía un rey que se llamaba Alberto y era muy bueno, muy bueno, que salvaba a toda la ciudad.



Este rey tenía muchas cosas, como por ejemplo muchas copas de oro, muchas monedas de oro y billetes; también tenía un caballo que se llamaba Pony y que era muy rápido y muy veloz y el rey le quería mucho. Además tenía muchas clases de zapatos.

Resulta que un día, Alberto se dejó abierta la puerta de la cuadra de los caballos y entonces Pony se escapó por el campo y se fue muy lejos y nadie sabía donde estaba. Solo se veían las huellas de por donde había pasado el caballo Pony.

Entonces el rey pensó que tenía que ir a buscarle y se puso los zapatos mas buenos que tenía y se fue a buscar a Pony. Estuvo andando muchos días por el campo y resulta que un día se metió en un sitio que tenia un charco con barro y se le pusieron los zapatos de barro duro que luego se hizo piedra.



Entonces, como le pesaban mucho los pies, el rey Alberto se quitó los zapatos y los tiró muy lejos. Uno de estos zapatos llegó hasta Villajoyosa y allí un día que estaban los abuelos paseando, resulta que encontraron un zapato de piedra del rey Alberto.

Y colorín colorado este cuento se ha acabado y colorín colorete por la chimenea sale un cobete (sic).

DANIEL RODRÍGUEZ MASEDO y CELIA MASEDO MAYORAL

A los 5 años

España

ramamar1939@yahoo.es

(También ha colaborado Rafael Masedo Martínez, su abuelo, el pasar al ordenador - ordenando efectivamente -, las cosas que le iban dictando Daniel y Celia)

Ilustraciones de los autores

El castillo encantado



Mary, observa como el arco iris lo forman las gotas de lluvia, y es producido por la reflexión de la luz del sol en las de agua suspendidas en la atmósfera.

La luz del sol penetra en la gota de lluvia, y después de reflejarse en la parte posterior de ella, se rompe en varias porciones, que corresponden a los distintos colores del arco iris.

Este arco iris termina en el castillo

encantado.

Parece como si se subiera un telón y empezara una asombrosa fiesta.

Camila, su amiga la sorprende. La siguen Anita y María, para iniciar a organizar el cumpleaños de Candela. Javier se baila todo, y cuando aparecen las cumbias las chicas mueren.

Pía la niña del castillo encantado, bajó las escaleras con un hermoso vestido, el público sorprendido por completo ante tan bella niña, no para de observarla.

Felipe usa lentes y aparatos, todos se burlan de él. La angustia se convierte en un nudo en la garganta, y llora desconsoladamente, hasta que se le acerca Mary y le dice: “No te preocupes, todos tenemos defectos, incluso aquellos que nos critican. Tenés que saber que una de las virtudes más lindas es aceptarte tal cual sos. Pensalo.

Felipe comienza a mirar por la ventana, una cantidad de lluvia caía en la isla. Por suerte la sequía terminaba y ahora lo sembrado iba a poder ser cosechado dentro de poco.

Anita siempre estaba obsesionada con un cuadro del castillo encantado el que le parece que la sigue con la vista la cara del retrato. Comenzó a hablar de ello con María y Martín.

Los tres se dirigieron al lugar donde estaba la pintura. Bajaron las escaleras al sótano, y María se preguntaba porqué siempre a Anita se le ocurrían misiones peligrosas?

El retrato no estaba.

Mientras Candela y Javier estaban en el salón, hablaban del verano que habían pasado en Punta del Este. Escuchaban la música y pasan muy bien juntos.

De pronto sienten un grito.

Era Anita, corren escaleras abajo, para ver que pasaba.

Cuando la encuentran ella les dice: “Martín y María desaparecieron por la pared”.

En esa pared, donde estaba... donde esta el retrato ese... queda pensativa, ahora el cuadro esta de vuelta en su lugar.

De pronto estaban todos reunidos abajo, Camila, Felipe, Candela, Javier, Pía y sus padres.

El papá, colocó a los niños en un cuarto, y cayeron a un río, comenzaron a flotar, en vez de irse al fondo, llegaron a otro lugar, Un sitio oscuro, donde encontraron a María y Martín, totalmente petrificados.

Felipe, decía que había que pasar para el otro lado, pero no sabía cómo.

A poco se les acercó la dama del cuadro, quien les preguntó: “Esperen un poco, les diré como salir de este infierno, pero antes deben prometerme que nunca más entrarán en la habitación, donde está colgado mi retrato y además deberán contestarme las siguientes preguntas:

Todos asintieron, menos los chicos que estaban petrificados.

- ¿Podríamos vivir sin lluvia?- pregunta

Felipe contesta que no, porque nutre nuestra vida, y la vegetal, dependemos de ella y la necesitamos siempre.

En Ello el castillo comienza a moverse y todos salen corriendo.

Las preguntas sobre cultura, ayudaron a los chicos a resolver la problemática que en ese momento se les presentó.

Daniela Giucci

Uruguay

Fliaubi@Montevideo.Com.Uy

Ilustración: Liane Garzón

7 años

escuela Tomás Romay

Cuba

ideasz@jovenclub.cu

CUANDO LOS ANIMALES CONFUNDIERON SU COLOR

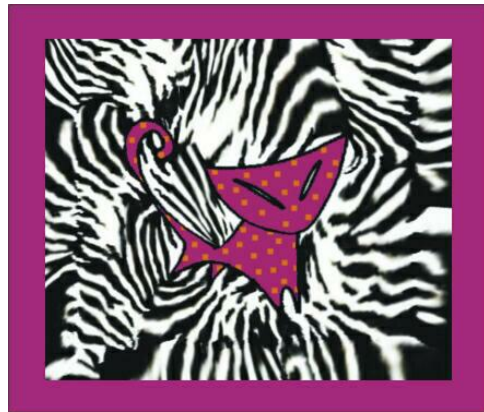
-Me pregunto dónde dejé mis rayas...

-Y mi blanco... y mi negro...

Me encontré repitiendo estas palabras como si tal cosa. ¿Pero de qué estaría hablando? Cuando de lo único que tenía que preocuparme es de salir del bosque antes de que cayera la noche. Pero en cambio cada ramita, cada hoja seca que pisaba parecía decir “Me pregunto dónde dejé mis manchas. Y mi blanco y negro.” Y cada vez más, hasta los árboles parecían repetirlo, ¿pero cómo iban a hablar los árboles? Me acerqué a uno a inspeccionarlo bien, y no; estoy segura ¡los árboles no tienen boca!

-¿De qué rayas y manchas me estás hablando? ¡Si los árboles no tienen ni boca ni blanco y negro!

-¡Que no soy un árbol, y creo que perdí todas mis rayas!



En ese momento me sobresalté, de verdad me sobresalté, ¡de que el árbol que no era árbol ni tenía boca me estuviera hablando! Cuando a punto de salir corriendo se asomó una oreja detrás del tronco, y así me di cuenta que no era el árbol, sino un enorme tigre el que me estaba hablando.

-Bueno, al menos me quedo más tranquila, creí que era un árbol y sólo es un enorme y feroz tigre todo pintarrajeado...

-¡Es que no estoy pintarrajeado! Si hasta ayer yo era un orgulloso tigre blanco, y ahora, ¡hasta las niñas no tienen miedo de mí! ¡Seré el hazme reír de toda la selva!

-No, por favor señor tigre, ¡no llore! Estoy segura de que muchos animales aun tienen miedo de usted, mire las ardillas como corretean gritando de miedo...

-No es de miedo, ¡se están revolcando de la risa! Habrá ocurrido durante la noche, yo sentía un poco de dolor de panza, pero creí que habría sido la vaca tan goda que me comí de cena... Y esta mañana de pronto ¡me encontré como metido en un disfraz de payaso! ¡Todo violeta y con manchas anaranjadas! ¿Y ahora a quién voy a asustar? Dónde dejé mis rayas... Y mi blanco y negro...

Este bosque se está volviendo muy extraño, con árboles que no son árboles, tigres que se vuelven payasos, y qué habrá andado haciendo una vaca por aquí... ¡y un dálmata!

-¿Qué hace un dálmata en el medio de un enorme bosque?

-¿Qué hace una niña como tú en el enorme bosque? ¿No tienes miedo de los tigres y leones?

-De veras... Habría tenido miedo antes, cuando estaba despierta, pero ya que esto es un sueño, y estuve hablando con un tigre blanco, que para blanco me resultó muy colorido...

-El tigre blanco... ¿habrá confundido sus colores también? ¿Y cómo es eso de que esto es un sueño? ¿En qué crees que me convierte eso a mí?

-Bueno, no sé... pero es que ya me ha pasado antes. Esto de los sueños, confunde mucho la realidad...

-¡Claro que no! ¡La realidad es que yo me quedo con mis colores nuevos!

-¡Cierto, que para dálmata te ves bastante colorinche!

-¡Colorinche! ¡Si estos colores me dan como un estilo italiano! Es que tú no entiendes nada de esto de la moda...



El dálmata se paró en dos patas y comenzó a girar y caminar como desfilando su nuevo pelaje amarillo con rayas cuadriculadas rojas, y de pronto sacó un pequeño sombrero de entre los arbustos y un gran habano para hacerse más el galán.

-¡Pero perro loco! ¡Cómo vas a andar fumando en el bosque! ¿Es que nunca oíste hablar de los incendios forestales?

-¡Úchale! ¡Que tienes mucha razón! Acompáñame a apagarlo con agua, el lago está aquí cerca.

“Úchale”, de dónde habrá sacado esa palabra... estoy segura de que no es siquiera una palabra. Tendré que recordarla para buscarla en un diccionario real en cuanto despierte, si es que en verdad estoy ahora dormida. Pero si no estoy dormida... ¿cómo podré salir de este bosque tan raro? ¿Quién sabe si la noche no hará que los árboles sean los que hablen y se vistan de payasos o con trajes italianos?

-Perdón señor dálmata... ¿sabe usted cómo puedo salir de este bosque? Es que tengo que volver a mi casa antes de que... ¿señor dálmata? Uh, este perro loco, ¿ahora dónde se habrá metido?

-¡Beeeee!

¿“Beeee”? ¿Qué será eso? No suena mucho como una oveja, y qué podría hacer una oveja en este bosque... aunque éste no me está pareciendo un bosque nada

común, si debo ser sincera. Y es que en verdad *debo* ser sincera, porque de otro modo no hago más que meterme en líos, como la vez que dije que había hecho todas las tareas y en verdad había estado jugando con mi gata Gertrudis, y me pregunto ahora si mi gata Gertrudis no se habrá confundido de color también, y en cambio de sus grandes manchas blancas y negras la encuentre toda llena de triangulitos rosados... ¡Tengo que apurarme a volver a casa así veo de qué color se vistió hoy mi gata, y entonces...!

-¡Beeeee! ¡Beeeeeeee!



Otra vez... ¿Acaso será esa vaca que se mira en el lago? Aunque estoy muy segura de que las vacas son las que dicen “mu” y las ovejas las que dicen “be”...

-¡Es que ya no soy una vaca!

-¿Y si no es una vaca por qué entonces no deja de rumiar esos pastos? ¡Que de tanto pasto ya se está volviendo verde!

-Y anaranjada, y rayada...

-Sí, muy rayada, evidentemente, me temo decirle que todos los animales de este bosque parecen estar bastante rayados... ¡Uno que se cree payaso, el otro modelo italiano, y usted una oveja!

-No soy una oveja, sino una abeja... ¡Toda rayada como una abeja! ¡Beeeee!

-¡Ah pero señora vaca, (u oveja, o abeja)! ¡Las abejas no dicen “beee” sino “bzzzzz”! A ver pruebe...

-¡Bzzssrddszz!

-¡Con cuidado señora vaca! ¡Es que debería probar sin tanto pasto en la boca!

¡¡Ahora ya parezco una de ustedes, con todo el pelo y el vestido lleno de rayitas verdes!! Bueno, siga practicando, mientras yo veo la manera de salir de este bosque o de despertarme, cualquiera de las dos posibilidades estaría bien, de seguro que las dos me llevan a casa, donde podré bañarme para sacarme todo este pasto, ¡y de paso ver si mi gata Gertrudis no se creará también una abeja!

Tal vez por acá, que se escuchan muchas voces, debe ser mi familia que está a punto de comer... Y es que ya me está dando hambre, de tanto verla rumiar a la vaca, aunque yo no rumio de esa manera, pero me recuerda un poco a mi hermana, ¡ella sí que mastica todo durante cinco minutos porque dice que así se engorda menos! Me pregunto si cuando crezca yo también voy a estar tan preocupada por como me veo, y si querré ser tan flaca como parece que todas quieren ser. ¿Es que no sería mejor que hubiera más diversidad? ¿Y que cada uno fuera como más le gusta y mejor se siente? Tal vez deberíamos hacer como estos animales que andan cambiando sus colores...

¿Pero qué será esto? ¡Cuántos colores juntos! ¡Ahora sí todo parece un arco iris!
¡Cuántos animales confundieron sus colores! ¡Todos reunidos, y la lechuza que se cree ser juez!

-¡Silencio! ¡Silencio! Estamos reunidos esta tarde para deliberar sobre nuestros colores... Como es sabido hasta ahora las vacas blancas y negras fueron siempre blancas y negras, ¡por qué usted entonces se volvió verde y anaranjada?

-¡Y rayada señor juez!

-¡Silencio en la sala! ¡Y basta de risas! Hable usted señora vaca...

-¡Beeee! Es que me sentía cansada de tanto blanco y negro, siempre me miraba en el lago y me veía tan demacrada y pálida. Mientras que tengo amigas de color dulce de leche, y chocolate, y café... y como yo no quería parecerme a un desayuno elegí parecerme a una abeja. ¡Beeee!

-Ajá... Creo que está vaca está un poco rayada, a ver, ¡que hable la cebra!



-Sí señor juez. Yo acá he reunido la firma de todos los compañeros, y hemos decidido que este bosque sería mucho más rico y alegre si cada uno elige cómo quiere verse, sin estar pensando tanto en el qué dirán ni sufriendo tanta angustia porque no es como los demás quieren que sea. Como ve señor juez, yo por ejemplo he optado por un modelo en fucsia con manchas celestes, y aun sigo siendo respetado por mis compañeros que me han elegido en representación, porque saben que a pesar de mi apariencia soy una cebra trabajadora y honesta...

-Sí, eso es cierto. Mmmm... Pero no le parece que queda un poco “raro” con tanto color.

-O “alegre” señor juez, depende de cómo se lo mire. Y estamos convencidos de que una sociedad más alegre y más libre se logra respetando las elecciones de vida de los demás, mientras no estén haciendo mal a nadie.

-Bueno, pensándolo bien, a mí siempre me gustó la idea de tener las plumas un poco más turquesa... y como con brillitos de purpurina...

En ese momento todos los animales del bosque estallaron en aplausos y y risas y sonrisas, y el dálмата saltaba sacudiendo su sombrero, y el tigre blanco lloraba de alegría con las ardillas, y la vaca escupía pasto para todos lados, y mi gata Gertrudis me lamía la cara...

-¡Gertrudis! ¿Pero qué haces tú en este bosque? ¿Y cómo todavía estás vestida de blanco y negro? ¿O no escuchaste a la lechuza y la cebra...? Pero de veras

que este bosque ya se parece mucho a mi habitación... Y ya ni siquiera estoy llena de pasto... Y esa cabra se parece tanto a mí mamá...

-¿Cómo cabra? ¡Otra vez te quedaste dormida hasta mediodía! ¿Es que vas a pasarte todas las vacaciones soñando? Dale, vamos a comer, ayúdame a poner la mesa.

-¡Úchale! ¡Que me muero de hambre! Mamá, ¿es cierto que uno tiene que respetar lo que cada uno elige hacer de su vida...?

Daniela Luna (texto e ilustraciones)

UNA HISTORIA DEL MONTÓN



Déjame que te cuente la historia de mi familia. Es una familia casi demasiado grande; una especie única en extinción, desparramada por el mundo de aquí y allá. Mi recuerdo más remoto me lleva al eterno amor de mi familia por los animales. Recuerdo la boda de mi tía Clara que fue invadida por una bandada de patos, y en cambio de echarlos, se les dio trato preferencial. Podías ver patos nadando en la piscina, patos comiendo el pastel de boda, patos con moño o con lentes de sol, patos haciendo cosas de patos. Estaban todos tan entusiasmados con los patos que nadie se dio cuenta sino hasta cuando el fotógrafo vino con las fotos, que no había más que una o dos fotos de mi tío Esteban y mi tía Clara antes de la invasión, y luego un centenar de fotos de patos con moño, patos con lentes de sol y patos haciendo cosas de patos. Y hasta una de cuando la abuela Mirta separó a unos alegando que no era correcto tanto arrumaco de pato si no estaban casados, entonces casaron a la pareja con tul y todo, y así los patos siguieron con sus cosas de patos tranquilos. Y luego la inolvidable boda de la tía Greta con el tío Juan, que la festejaron con jaguares. Resulta que el tío Juan no quiso ser menos que el tío Esteban, sólo le advirtió antes al fotógrafo que los que se casaban eran ellos, no los jaguares, por más que éstos estaban de a parejas, con tul y moño respectivamente. Se suponía además, que no debía dárseles de comer, pero se supo de uno que se comió una porción de torta, y al dueño de la porción de torta, que resultó ser el tío Alfredo. Y la tía Edna lloró y pataleó y salió a cobrar el millón del seguro, con una porción de torta para no tener hambre en el taxi, pero resultó que el seguro no incluía ninguna cláusula que dijera “muerte por ser comido por un jaguar con torta y todo.” Así que la tía Edna pensó que si el tío Juan quería tanto a sus jaguares debía al menos pagar por su comida, así que tuvo que pagarle medio millón, pastel incluido.

Recuerdo que el tío Juan se declaró en banca rota después de pagarle a la tía Edna, que además le sacó la mesa ratona del living en una apuesta de póker, y por la sociedad protectora de animales que le sacó los jaguares, además de cobrarle una multa por darles comida en mal estado; parece que el tío Alfredo hacía rato había dejado de ser carne “premium”. Y la tía Edna quedó tan impresionada con el incidente que tres meses después la encontraron desmayada en la mesa ratona con una malla de jaguar, tratando de comerse al jardinero. Misteriosamente el medio millón, la casa y la mesa ratona no fueron de herencia para ninguno de los sobrinos ni ahijados, ni primos, sino para el jardinero, que después nos enteramos que mantenía una amistad clandestina con la tía Edna... y con el tío Alfredo.

Además de los animales y las bodas, para mi familia es muy importante reunirse el día del trabajador, aunque no es que sean tan trabajadores; también les es imprescindible reunirse el día de los enamorados, que bailan con el juego de la silla; el día de los animales, claro, que festejan con sus patos, perros, gatos, pájaros, tortugas, peces, y por la memoria de los jaguares del tío Juan. El día de los idiomas, que se hablan cada uno en el idioma que más se sabe, y si no saben también. El día del nieto, el abuelo, el tío. Recuerdo un día que festejaron el día del herrero porque la tía Jacinta se había enamorado de un herrero de joven, aunque él nunca le correspondió. O el día de la escarapela, que cada uno reclama las promesas del otro, hechas para el olvido. -Te devuelvo los cincuenta pesos; ¡el día de la escarapela!- -Bueno... ¿dónde están los cincuenta pesos?-



La verdad es que mi familia se reunía con cualquier excusa, aún hoy algunos nos reunimos en algún cumpleaños, pero ya no es lo mismo. De repente todos los primos nos casamos, y en nuestras bodas no hubieron patos ni jaguares ni mesas ratonas. Mis dos hermanos se fueron a Miami y Nueva York con sus esposas, sus hijos hablan inglés y no tienen idea de lo que pasa acá abajo. Mi prima Nadia se fue a Tahití a

ver si podía pintar como Gauguin y mi primo Federico a Rusia a hacerse pasar por espía. Una vez cumplió años un tío, el tío Juan, ¿se acuerdan? El de los jaguares. Resulta que tuvo que vender garrafas y vidrio o algo así, porque se había quedado sin un centavo, la cuestión es que se hizo rico y ahora tiene su fábrica de garrafas y vidrios, y pudo comprarse otra vez a sus jaguares y a su mesa ratona. Así que cumplió sus primeros ochenta y los festejó en el pueblo de nuestra infancia, en una gran fiesta con jaguares, patos y todo, pero a mis hijos no les importó.

Resulta que cada vez que hay una reunión familiar coincide con un amigo que se va de viaje, o que vuelve, o que está de viaje, y claro, ya no tienen tiempo.

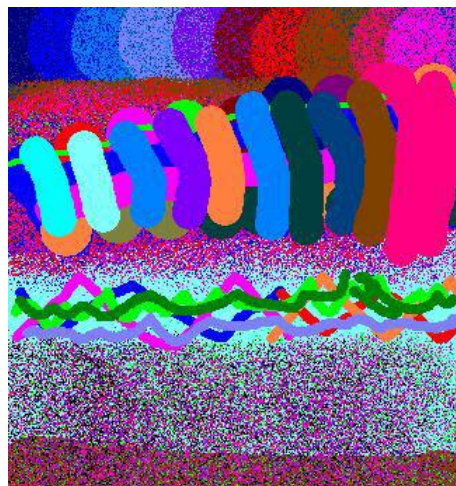
Parece que las cosas han cambiado, pero ésta, sólo es otra historia entre el montón.

Daniela Luna
Buenos Aires, Argentina
dalla_luna@yahoo.com

Ilustraciones: Bárbara Enseñat Ribas
6 años, Mallorca, España
pilar@ribasmaura.com

VELAS TRAVIESAS (Diálogo)

Anoche no encontraba las velas, pero por fin las vi arrumbadas en el velador de la cocina.



YO: - Señoras Velas, ¿por qué están en ese lugar tan oscuro?

VELAS: - ¡Tratando de dormir un poco! Estamos cansadas.

YO: - ¿Cansadas de qué?

VELAS: - ¡Cansadas de que nos prendan y nos soplen, nos prendan y nos soplen! ¿O no se dan cuenta que nos derretimos minuto a minuto? ¡Y muy pronto desapareceremos!

YO: - Entonces prepárense porque se cortó la luz.

VELAS: - ¡Ay, ay! ¡Vamos a desaparecer...!

DANIELA PAOLA VALDÉS

10 años

Mar del Plata

Argentina

E-mail de contacto: emizorzut@netverk.com.

Ilustración: Rafael Paneca Suárez

10 años

5to grado

Escuela Orlando Pantoja, Alamar, Cuba

paneca@cubarte.cult.cu

El arroyo y el sinsonte



-¿A dónde vas? – dijo una hormiga al sinsonte.

-Voy a descubrir dónde nace el arroyo que cruza la montaña.

-Estás loco, ¿volarás al infinito?

-No, voy a seguir el camino de los lirios, la ruta de las palomas-expresó sonriente el sinsonte.

-Yo no haría tal cosa. Es mejor sentarse cómodamente a la sombra del limonero y verlo correr.

-Pues, yo quiero escuchar muy cerca su arrullo, conocer sus secretos, salpicar mis alas con su espuma blanca.

-Eres terco, pajarillo; puedes perder la vida en tan absurdo empeño.

Pero el sinsonte no oyó. La suave brisa propiciaba el vuelo y acariciado por el sol emprendió el camino al horizonte.

Voló, voló; dejó atrás el valle y las voces de los lirios y todos los que amaban la naturaleza salían jubilosos a saludar su desafío.

De pronto el arroyo comenzó a estrecharse. El intrépido sinsonte lo contempló entristecido: ya sus alas comenzaban a cansarse.

-¿Por qué estás muriendo? ¿por qué no te nutres con la lluvia?-se preguntaba a sí mismo. Y cuando ya las lágrimas nublaban sus ojitos vivaces, divisó una gran concha azul en un nicho de la montaña.

¡Cuánta sorpresa!: palomas, bijiritas y colibríes rodeaban la inmensa concha y todos a una voz decían:

-¿Qué esperas arroyuelo para brotar?

Entonces una voz se dejó escuchar:

-Espero a alguien que haya vencido el miedo, luche por lo que ama y se arriesgue en el afán de aprender.

-¡Estoy aquí!- gritó el sinsonte recuperado- vengo a conocer tus secretos, a traerte mi alegría, la de los lirios, el valle; vengo a enseñarte mi canto.

Así expresó el pajarillo, y de repente, rejuvenecida, brotó el agua de la concha en rápido torrente.

-Tú, querido sinsonte, me devuelves la alegría perdida. Es tu canto quién obró el milagro. Debo vivir para bañar tus lirios, reverdecer el valle, para que todas las estrellas jueguen en mis ondas y tú puedas contar a los amigos que esta gran concha es mi nido. Nunca moriré mientras mis aguas calmen la sed de hombres y plantas y lunas y estrellas y... sinsontes.

David Padrón Álvarez

19 años

Camagüey, Cuba

E-mail: dpadron@estudiantes.uci.cu

wpadron@cimex.com.cu

Ilustración: Verónica Vallejo

7 años

Escuela Tomás Romay, Cuba

ideasz@jovenclub.cu

EL SUSTO DE LA MUÑEQUITA DE TUSA DE MAÍZ



Martita es una niña de unos cuatro añitos, a quien su madre le regaló una muñequita hecha con una tusa de maíz. Era una tusa de maíz seco, blanqueada con cloro y jabón, vestida con retazos de un viejo traje. Los ojos y la boquita, estaban dibujados con la pintura que encontraron en un viejo galón de pintura abandonado.

Como las dos vivían solitas, Martita acompañaba a su madre cuando esta salía a planchar en casa ajena. Pero nunca salía sin su muñeca. La quería mucho, aunque ya su vestidito rosado, se estaba poniendo blanco y casi tenía borrados los ojos y la boquita.

Un día fueron a una casa donde encendieron el televisor para que ambas se entretuvieran, mientras la madre planchaba. Martita, quedó embelesada hasta con los comerciales. Algo peor le pasó a la muñequita hecha con una tusa de maíz.

La muñeca vio las propagandas de cremas humectantes para la piel y sintió su cuerpo más áspero que nunca; vio los anuncios de maquillajes y se pensó muy fea y ridícula; lo peor fue cuando vio el comercial de Barby al lado de Kent; entonces se sintió áspera, fea y sola.

Y como si no fuera suficiente, Martita le preguntó a su mamá:

-Mami ¿Cuándo me compras una Barby?

Todos los abismos del mundo se abrieron y el aire se le hizo irrespirable a la muñequita de tusa de maíz; su trajecito se arrugó de pura pena.

-Dime, mami - insistió Martita.

La madre, luego de un suspiro le contestó:

-Mi amor, yo te quiero tanto que te regale una muñeca de tusa de maíz para que te haga cosquillas cuando tu la abracés y a ti te gusta reír ¿verdad?".

-Sí mami - concluyó Martita.

El aire volvió a ser respirable para la muñeca de tusa de maíz y sintió vergüenza por haber arrugado el trajecito que aún tiene algo de rosado.

David Classen Róbinson Orobio

Panamá

davidclass72@yahoo.com

Fotografía: Marié Rojas

Serie "Caritas", Círculo Infantil de Educación Especial Ernestito.

LA DESAPARICIÓN DE LOS HILOS



En cierto país, que no recuerdo el nombre, había una anciana a la cual le gustaba mucho tejer, pero siempre, no sabía cómo, se le enredaban los hilos.

Una vez, mientras desenredaba un carretel de hilo blanco, murmuró indignada:

¡Malditos sean todos los hilos del mundo! ¡Ojalá desaparecieran uno por uno, no quiero verlos más!

De repente, todos los hilos se desaparecieron al escuchar tan feas maldiciones.

¡Anciana malagradecida! - dijo el hilo negro de mal humor.

¡Tu deseo se cumplirá! - afirmó el hilo rojo

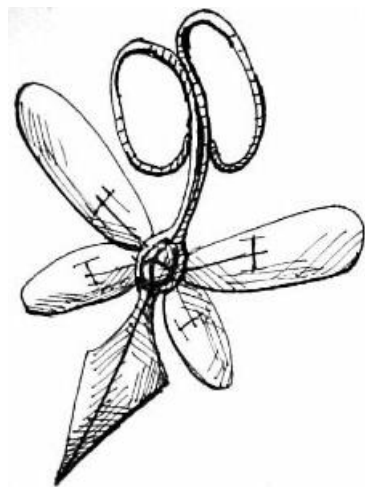
¡Te abandonaremos! -replicó el azul apoyando a su amigo.

¡Sí, sí! ¡No queremos oír más gritos, ni maldiciones! -

contestaron a coro el resto de los hilos.

Y todos desaparecieron, ante el asombro de la anciana, que se llevó las manos a la cabeza: al ver cómo los hilos de su linda alfombra huían y su ropa se hacía harapos, y todo lo que era de hilo quedó deshecho.

Pasó el verano y al llegar el invierno la viejita tiritaba de frío, muy triste exclamó:



Me arrepiento de lo que hice. ¡Por favor, aparezcan de nuevo! Ya no puedo tejer y apenas tengo con qué protegerme del invierno.

De pronto como por arte de magia se vio envuelta en un gran abrigo, al mirar a la cesta observó como habían regresado todos los hilos; entonces el Rey de los Hilos habló así:

Sabemos que tu arrepentimiento es sincero, por eso regresamos

Prometo que no los maltrataré más - contestó feliz y se sentó en su sillón a tejer un par de medias.

Y cuentan que desde ese día cuando se le enredan los hilos, ella los desenreda con mucha paciencia.

Deyglis Areas Reina

18 años, Universidad Camilo Cienfuegos. Municipio Martí. Matanzas, Cuba
marti@atenas.cult.cu

Ilustración: Ray Respall Rojas

17 años, Escuela de Artes Plásticas San Alejandro
Cuba

La última flor



Él vivía en uno de los apartamentos más codiciados y elegantes de Ciberworld. Arribaba al 2683 siendo el orgulloso dueño de la más importante empresa armamentista. Tenía una niña de 6 años a la que casi idolatraba y a quien solía mostrar sus tesoros y decía:
- ¿Ves querida? Todo esto será tuyo algún día. Tu no conocerás el dolor de la miseria nunca. Siempre serás feliz porque yo trabajo para que así sea.

Miraba una y otra vez a su pequeña posesión pensando que nunca vería una sombra de tristeza en la frente de su hija; en efecto, nada había necesitado aquella criatura más de lo que tenía.

Todos los días miles de periódicos y revistas criticaban el creciente proceso de degradación natural que hacían sufrir al planeta las principales compañías de la industria química y otras. Hacía mucho tiempo que el hombre había dejado de contar con la flora que grupos ecológicos y científicos se empeñaban en recrear. Eran estos grupos quienes vivían y morían en constante demanda a su empresa por daños biológicos.

Él miraba los periódicos y se reía, ¿a quién le hacia falta una planta?, cuando el hombre producía su propio oxígeno. En cambio, un arma valía mucho en aquella sociedad, todo el mundo las necesitaba cada vez más y mejores.

Un día observó que su hija miraba con mucho interés lo que parecía una mancha sobre la hoja amarilla de un cuaderno. Un libro era entonces una reliquia. Todo lo que alguien deseara saber o leer era almacenado en agendas electrónicas, esos eran los libros del futuro.

Se acercó y por vez primera, después de 38 largos años, volvió a ver una flor, una flor marchita entre dos páginas de un cuaderno. ¿Cómo acordarse de aquello si apenas vio la última cuando tenía 7 años?. Lo había olvidado completamente.

Papi ¿qué es esto?.

Una flor, mi nena, una flor que se marchitó entre esas hojas y que de seguro alguien mojó en algún preservante antes de ponerla ahí.

La niña abrió los ojos grande, muy grande. ¿Aquello era una flor, de lo que tanto había oído hablar en los cuentos? Como hubiese querido verla... pero no así. No, así no era la flor que había acariciado ver durante tanto tiempo.

¿Pero, por qué? - exclamó sin poder contenerse.

¿Ha muerto papi, ha muerto?- Preguntó consternada mientras dejaba ver la humedad creciente y la frustración de sus ojos.

El se asustó, se desesperó intentando saber de ese nuevo amor de su hija por algo que no conocía nada más que en los cuentos.

- ¡Ah! ¡Como odio al que hizo esto! - decía la niña.

Esta vez su padre calló en la butaca queriendo saber como...

Él las vio cuando niño y las había olvidado; olvidó la mejor parte de su vida, ¿y por qué? Las olvidó por ese extraño principio de no querer lo que era imposible tener. Dejó de verlas sin dolor porque las tuvo y las perdió sin tiempo ni edad para sentir. Pero su hija, su hija las había llevado en el alma como un tesoro anhelado que él no vio, y ahora estallaba ante su tesoro marchito aquel dolor que él no pudo sentir. Ella lo odiaba sin saberlo, porque él también había hecho aquello.

Fue en ese momento que comprendió que era imposible divorciar al hombre de su propia naturaleza. No supo que era la última vez que alguien viera una flor pues al final lo que agonizó en su mente antes de llegar a un suelo sin comienzo fue que cuando ella creciera, cuando su niña supiera, ¿qué iba a ser de papi?

Eleanne Triff Delgado

Cuba

ilianad@rect.uh.cu

Ilustración: Marié Rojas

La huelga de los villanos



Quizás no me crean, pero este cuento es cierto.

Me contó una vez el hada de los cuentos, Fantasía, que hubo una huelga de villanos. Ustedes se preguntarán porqué y todo ocurrió así:

En el cuento de la "Caperucita Roja", el villano era el lobo, líder de los malos. Pues en este cuento él

salió perdiendo y claro, esto no le gustó.

En la "Bella Durmiente" la bruja, segunda presidenta de los malos también salió perdiendo.

En "Blanca Nieves" lo mismo. En fin en todos los cuentos los villanos salían con la peor parte.

-¡Bueno hermanos villanos!- decía el lobo- estamos cansados de salir siempre perdiendo. Es injusto de parte del hada Fantasía lo que hace con nosotros.

-¡Sí!- contestaron todos a coro- ¡huelga es lo que hay que hacer, justicia!

-¡Cucha p'allá!- dijo el señor Conejo que cerca de allí escuchaba el discurso junto a Ardilla- miren quienes hablan de justicia, los que menos la hacen.

Enseguida el conejo y la señora ardilla corrieron por el bosque la voz de que los malos estaban en huelga.

Nadie en el bosque supo qué hacer, ni en la ciudad y fue por eso que fueron a visitar a Fantasía, reina de los cuentos.

-No se cómo, pero hay que convencer a los malos de que ellos no son menos que nosotros- decía el hada- pues sin villanos no puede haber cuentos, pues los malos tienen que hacer de las suyas, para que los buenos resuelvan los problemas. Si el lobo no hubiera existido ¿qué pasaría en el cuento de Caperucita? ¿o en las fábulas?... ya no serían fábulas.

Bueno el caso es que el asunto era grave y muy grave.

Entonces Fantasía pidió una entrevista con el lobo, pero este no aceptó, sólo exigió que los malos ganasen en las historias y por supuesto le fue negado el pedido.

Como no quedó conforme, el líder de los malos decidió vengarse. Al otro día por la noche, un grupo de personajes negativos dirigidos por Brujilda, que así se llamaba la segunda presidenta, secuestraron a Ilusión, la hija del hada de los cuentos.

Cuando los buenos se enteraron irrumpieron en llanto y quejas pero no había otra cosa que hacer y decidieron esperar.

El lobo anunció: -Si no hacen cuentos en los que el villano gane no devolveremos a Ilusión.

Entonces saltó Pulgarcita y le explicó: Si los malos ganan los niños llorarían y patalearían y ya no querrían oír historias, entonces tanto ustedes como nosotros quedarían olvidados para siempre. Los malos están hechos para perder, además, comprendan que ustedes no necesitan ganar, siempre jugarán el papel más importante en los cuentos, puesto que sin villanos no habrían leyendas, no habrían princesas raptadas a quiénes salvar, ni persona a quién ayudar - decía ella mientras en cada rostro se dejaba asomar una lágrima.

-Tienes razón- dijo el lobo ahogado en un sollozo- Ilusión volverá con ustedes y desde ahora no se preocupen, los villanos estaremos...

Y así fue, amigos, como se salvaron los cuentos.

Que no haya un niño que desee que los malos de las historietas no existan. Pues ya saben “No hay historias, sin villanos” .

Eleanne Triff Delgado

A los 10 años (edad actual 19)

Cuba

ilianad@rect.uh.cu

Ilustración: Ray Respall Rojas

17 años

Cuba

LOS PAJAROS DE JUANA



Esa tarde el barrio estaba alborotado, corrían muchas versiones sobre la abuela Juana.

Juana era una anciana que tendría unos ochenta y pico de años, según algunos cálculos, porque jamás nadie pudo ver sus documentos. Alta, delgada y en otros tiempos elegante, de espalda algo encorvada por llevar a cuestas sus recuerdos; sus cabellos eran más blancos que la misma

luna, y su rostro, surcado de arruguitas, parecía un mapa que mostraba la hidrografía formada con el paso de sus años.

En el barrio todos la llamaban “abuela Juana”. No era la abuela de nadie, pero era la abuela de todos aquellos que se le acercaban curiosos por la belleza extrañamente fresca que le fueron creando sus décadas.

Juana era de poco hablar, decía lo necesario. El brillo de sus ojos encerraba un puñado de misterio y sus manos flacas aún eran como dos fuertes ramas que descendían de un árbol añoso. Vivía sola en una casita modesta y tibia, como las que encontraba en mis libros de cuentos, muy adornada por un jardín multicolor que le daba una nota alegre a su frente enrejado; la puerta de calle siempre estaba abierta como invitando a pasar. Temprano por la mañana, Juana desayunaba mientras conversaba con sus perros y gatos, los alimentaba y luego se dirigía a su jardín a regar flores y plantas, hacía sus quehaceres cotidianos y juntaba trocitos de pan para darle de comer a los pájaros de la calle que se posaban en los árboles. Así pasaba largos ratos por la mañana y por la tarde, entretenida con todas las aves que revoloteaban cerca de su casa.

Juana amaba la libertad. En sus conversaciones casuales con los niños de mi barrio hacía hincapié en que las personas no debían dañar a su prójimo, debían ser diligentes, laboriosas, amorosas con sus hijos, respetuosas de Dios, y que la humanidad debía imitar el comportamiento de los pájaros porque honraban la vida con su canto y sus costumbres, su pureza los hacía volar como pequeños ángeles mimados.

Fui creciendo sin darme cuenta y del mismo modo creció la gran curiosidad hacia las costumbres misteriosas de la abuela Juana. Hasta que le tomé confianza. No voy a negar que por momentos sentía una rara sensación muy parecida al temor que me infundía su figura añosa y segura. Todos los detalles los grababa en mi memoria y en la pequeña crónica de mi diario personal.

Una mañana, Juana me pidió que le juntase diferentes flores moribundas, las de su jardín, las de mi casa y de las distintas casas de la cuadra; le llevé algunas canastillas con muchas variedades y luego me enseñó a pintar con esos pétalos

colores tan bonitos como acuarelas. Uno a uno, iban apareciendo los contornos de palomas y las diferentes aves jugueteando en el firmamento de sus telas. Esa vez, me enseñó que las flores antes de morir también podían hacer cosas maravillosas.

Me iba compenetrando en el mundo de la abuela Juana, en sus labores y artesanías. Me di cuenta que con sus manos quería atrapar a la misma Creación... Cada rincón de su casa mostraba las artes de Juana. Era como disfrutar de otro mundo escondido dentro de éste. Las manos de Juana eran más ágiles que las mariposas y estaban siempre hacendosas.

Una tarde me pidió que juntase tierra de su jardín y la volcara en una batea grande y en desuso. Luego de varios viajes invitó a que me sentara junto a ella para conversar acerca del cielo mientras preparaba una masa de barro. Mi curiosidad adolescente no se atrevió a romper las barreras del misterio.

Escuchaba su voz armoniosa y miraba la habilidad de sus manos modelando figuras aladas. De repente, oírla cantar en idiomas extraños me provocó una extraña fascinación. Era como advertir la presencia de una orquesta ajena a todas las formas conocidas, sin que mis ojos pudieran observarla. Y pensé que sólo

los ángeles podrían igualarla.

Al cabo de unos días fui contemplando la galería de aves de barro que se iban secando en el ambiente natural de la casa. Una y otra se sumaban en esa exposición.

El interés de Juana por los pájaros había llegado a inquietarme, y comencé a prestarle atención a los comentarios que circulaban en el vecindario: hablaban de su probable demencia.

No era posible que la abuela Juana estuviese tan enferma, yo fui testigo de su propio mundo y la veía envejecer con tanta armonía que hasta la misma paz resultaría bochinchera e inquietante. Sabía muy dentro de mi corazón que la abuela Juana amaba todo lo que la rodeaba pero prefería vivir en su mundo creativo, hurgueteando en todos sus recuerdos.

Una noche sumé a mi preocupación un sueño que tuve acerca de la abuela Juana. Fue tan nítido que creí haberlo vivido. Recordé el relato de una mujer y el extraño juramento. De pronto supe la razón de tantos pájaros, del desconocido canto de aquella tarde y del misterio de las artes.

Al día siguiente no pude resistir las contradicciones de mi conciencia, era muy pesado cargar desde tan joven con tanto conocimiento irreveleable y fui a la casa de la abuela Juana para descubrir la dimensión de mi sueño y sus reales límites. No pude entrar. Por primera vez la puerta de calle estaba cerrada. Intenté quitar las trabas para poder ingresar al jardín pero resultaba imposible.

Llamé a la abuela Juana a los gritos y golpeé con mis manos. Nada parecía llamarle la atención, ni siquiera corrió las cortinas de la ventana para mirarme. Tuve miedo, perdía a la abuela Juana. Presa de una gran angustia, busqué fuerzas para cumplir con mi propósito, para salvar y retener a esa mujer.

Sin una total conciencia, empecé a gritar nombres extraños y sentí ganas de llorar. Al rato de esa ira indescifrable y como si hubiera magia en el ambiente, pude abrir la puerta de calle.

De prisa por el jardín y mientras me aproximaba a la casa, estallaron de repente los vidrios de su ventana y con estupor observé que una bandada de pájaros de barro salía volando en forma bochinchera, hasta ganar el cielo...

Mientras tanto pude ver de qué modo, la abuela Juana, envuelta por una luz muy brillante se fue deshojando, hasta formar un montoncito de pétalos multicolores.

Y recordé que las flores antes de morir podían hacer cosas maravillosas.

Corrieron muchas versiones sobre la abuela Juana. Sólo yo sabía la verdad. Lo había visto todo y no podía romper el juramento de aquel sueño.

*Este cuento fue premiado en los “Torneos Juveniles Bonaerenses de 1998” y obtuvo medalla de bronce (3º premio) en la Etapa Final de la Provincia de Buenos Aires llevada a cabo en Mar del Plata, República Argentina

Eleonora Valle

Argentina

eleonoravalle@yahoo.com.ar

eleonoravalle@hotmail.com

Ilustración: Isadora Culau

Brasil

Edad: 8 años, 4to grado

Correo: isadoraculau02@yahoo.com.br

Lucinda y su paloma



Lucinda tenía nueve años y amaba a los animales. Tenía predilección por las aves. A pesar de sus ruegos no pudo convencer a su mamá para que le comprara una paloma.

No se puede tener encerrada en un departamento a una paloma. Necesita espacio y una jaula no es un lugar apropiado.- le decía

A veces las cosas suceden sin que

nosotros hayamos intervenido. Una mañana a Lucinda la despertó el aleteo de un ave contra el vidrio de la ventana de su dormitorio. Era una paloma herida que estaba allí como pidiendo auxilio. Lucinda abrió la ventana y tomó delicadamente al ave entre sus manos.

Su mamá le dijo - Vamos a curarla - y así lo hicieron. El ala lastimada sanó, crecieron las plumas y pronto empezó a revolotear por la habitación.

Un día Lucinda tomó a la paloma entre sus manos, la acarició mientras ella permanecía quieta, la besó en su cabecita y le dijo

- Blanquita, ya te has curado, es hora de que vuelas libre. Cuídate mucho. abrió la ventana y la impulsó para que volara.

Sintió alegría cuando la vio elevarse y dirigirse a los árboles frondosos de la calle. Comprendió que su mamá tenía razón: las palomas deben vivir en libertad.

Pasó el tiempo, dos meses, tal vez tres. Lucinda despertó porque alguien picoteaba el vidrio de la ventana. Se levantó y ahí estaba Blanquita esperando que ella le abriera.

Alborozada la recibió en sus brazos, la acarició y la dejó que revoloteara como lo hiciera antes.

Desde entonces periódicamente, Lucinda recibe a su amiga agradecida que goza de su libertad, pero que no se olvida de quien alivió su dolor.

Lucinda tiene la paloma que tanto quería, pero no está encerrada en una jaula. Goza de los árboles y se embriaga de luz, de sol y convive con otras aves.

Elsa Vitale de Rovó

elsarovo@hotmail.com

Ilustración: Josefrancisco Garciapérez Infante.

México

artecamdosuno@yahoo.com

LA SEÑORA DE LAS PLANTAS



Había una señora, allá por Centro Habana, que tenía locura con las plantas ornamentales.

Era tanta su locura y su amor, que todos los días traía una maceta nueva, o una postura, un hijito y hasta hojitas sueltas de determinadas plantas que al sembrarse, germinan.

Ella vivía en una casa pequeña con su familia, que la componían su marido y dos

hijos, hembra y varón.

La señora disfrutaba viendo llenarse la sala de plantas y macetas, pies de amigos con colgantes y macramés que pendían del propio techo de una manera armónica.

¡Que belleza la de aquella sala!, la fuerza y la pasión con que crecían las plantas se impregnaba en el aire logrando que cualquiera que llegara a la puerta de la casa, se alegrara de estar vivo y saliera tarareando algún bolero amoroso.

Pero como cada día se incrementaba el número de plantas empezó a faltar espacio para situarlas y un día, la señora la emprendió contra una butaca y le puso encima una begonia florecida en rosado, de manera tal que ya nadie nunca más pudo sentarse en aquella butaca. Después le toco el turno al sofá, donde fueron situadas tres plantas, una licuala, un spatifilio y una drasena gigantesca. Mas tarde fue la mesa de centro que se vio de pronto coronada por un helecho de los llamados cuerno de alce.

La piperonia de hojas rayadas, la anglonema y la pilea pálida fueron situadas encima del aparador de la sala y una violeta azul, sobre el televisor, de manera tal, que se tenía que ver la telenovela por entre el follaje.

Del techo colgaban un polipodio, un platiserio y un gigantesco espárrago verde. Detrás de la puerta de la calle estaba situado el curujey traído directamente de las lomas del Escambray y entre el aparador y la puerta se alzaba un drago todavía joven, y ya se sabe que estas plantas pueden durar cientos y hasta miles de años.

Un pequeño laurel convertido en bonsai estaba en el centro de la sala como si fuera un totem.

Así en unos días la sala quedó inutilizada para sentarse.

La señora era muy feliz con toda aquella enramada y ya pensaba en conseguir unas cotorras, algún perico de Portugal y tenía palabreado hasta un mono beliceño de su amiga Viviana para soltarlo en aquella especie de selva doméstica.

Pero no todo era fiesta y alegría en aquel hogar. Los otros habitantes de la casa se incomodaron con tantas plantas y empezaron a molestar a la señora.

Primero fue el marido, que cuando se disponía a dormir la increpaba por lo que él definía como un fuerte olor a humus de lombriz. Y aquello era una gran mentira, nadie era más pulcro y aseado que la señora de las plantas.

Pronto, el hijo varón empezó a criticar que la comida carecía de olor porque todo estaba impregnado por el profundo olor de las begonias y las epipsias florecidas.

La muchacha de la casa empezó a quejarse de que ya nunca más podría venir el novio a visitarla porque era alérgico al curujey del monte, le daba una de estornudos y tos que según ella lo hacía convertirse en un ser insoportable.

En fin, que la señora de las plantas empezó a sufrir por el simple hecho de tenerlas, como si no fuera lógico que toda aquella persona de buen corazón y de alma limpia tenga y cuide sus plantas con mucho amor.

Pero el problema llegó a ponerse feo cuando las plantas invadieron el cuarto de dormir, el baño y la parte de atrás de la cocina. Una levistonía para el baño, dos calanchoes colgando encima de la cama y justo sobre la cabeza del marido y un collage de mantos coloreados sobre la mesita de noche y junto a la lamparilla de luz azul, así como dos pies de amigos con un filodendro y una pilea plateada, ubicadas entre dos sartenes y tres ollas esmaltadas y decoradas con flores color oro.

Cuando todo esto sucedió las críticas llegaron a su punto más alto y todos andaban con la cabeza agachada y las caras muy serias de la mañana a la noche. Y es que no se puede vivir con la cabeza agachada y la cara seria de la mañana a la noche.

Entonces una madrugada en que la señora de las plantas tenía el sueño perdido de tanto pesar, empezó a idear un plan que podría darle solución a este embrollo.

Cuando se levantó, todavía con las ojeras profundas que dejan las malas noches, se fue con una humeante taza de café en la mano, a ver a la vecina de enfrente. Orquídea era un amor, con sus sesenta años cumplidos vivía solita en su casa, que brillaba de limpieza y frescura. Mucho trabajo le había costado acostumbrarse a la soledad después de que Paco, su marido de cuarenta años, dejó de estar a su lado; pero al fin le había cogido el gusto a tener todo el tiempo de su parte y aprendió que trabajando continuamente y de manera creadora, se domina al tiempo y se vence al aburrimiento de la soledad.

Orquídea era feliz gracias a su bondad y a su sentido de la solidaridad con sus semejantes.

Y la señora de las plantas le dio la taza de café humeante y sin dar muchos rodeos le expuso su idea.

Orquídea no lo pensó dos veces, con una sonrisa de oreja a oreja dijo estar de acuerdo con el plan de su vecina y pusieron manos a la obra.

Por la tarde, cuando llegaron los demás familiares de la señora, se encontraron que una malanga de la dicha les bloqueaba el paso a la casa, y dos levistonias gigantes impedían ver para el interior, que ahora era toda una inmensa jungla verde.

Y ya cuando iban a empezar a ponerse morados del berrinche, se abrió la puerta de enfrente y salió la señora con Orquídea, sonriendo las dos como dos niñas cuando hacen maldades. Entonces explicaron su plan:

Habían mudado todas las camas hacia la casa de Orquídea, y el refrigerador, el televisor, los dos sartenes y las tres ollas de flores de oro. El novio de la muchacha estaba esperándola en la sala sin tos ni estornudos; la comida, caliente y olorosa, hecha especialmente para el muchacho, esparcía sus olores por toda la casa y un aroma a cuando se limpia con aromatizante llenó la nariz del marido.

A partir de ahí la vida siguió como siempre es la vida, a veces con mucha felicidad y otras con menos, pero siempre vivir será una fiesta y es lo que importa, todos en la nueva casa se ajustaron de inmediato a sus formas de vivir y llegó el momento en que la muchacha trajo de regalo un kilogramo de humus de lombriz, que es muy bueno para nutrir la tierra y hasta el muchacho de los estornudos se apareció un día con zeolita enriquecida muy verdecita, que es lo mejor que hay para que las plantas crezcan con salud.

Y la casa de la señora de las plantas siguió llenándose, y en la cama de la señora de las plantas, hacia un lado se acostaron dos cactus y dos lenguas de vacas enanas, dejando solo un pequeño filito para el cuerpo de la señora y hacia el fondo de la casa sobre otra cama de esas que le llaman pin pan pun estaba una calatea ocupando todo el espacio. ¿Y dónde dormía Orquídea? Nada, esperaba que la calatea recogiera sus hojas como hace todas las noches y se acostaba abrazada a su tallo.

Pero este cuento no se acaba. Si alguna vez pasas por algún lugar donde venden plantas fíjate en dos señoras cargadas de macetas y posturas. Una de ellas es Orquídea, la otra, ¡imagínate!

Emilio Comas Paret

CUBA

ecomas@cubarte.cult.cu

Ilustración: Alejandro Barroso

7 años

Escuela Primaria Tomás Romay, Cuba

ideasz@jovenclub.cu

UNA PUERTA EN CUALQUIER PARTE



Esa tarde, cuando Valeria regresó de la escuela, escuchó un chistido, alzó la vista y lo vio; estaba sentado sobre la rama más gruesa del roble, vestido de verde; se hamacaba con las piernitas cruzadas y haciendo un gesto de “Ven aquí, ven aquí”. Ella se quedó parada, tuvo miedo. Si bien en los cuentos se hablaba de enanitos que se subían a los árboles, encontrarse uno era distinto, no pasaba todos los días.

- No te asustes, Valeria – le dijo.- soy un enano bueno. Mi familia se fue de viaje y no tengo con quién jugar.

De un salto estuvo en el suelo, se paró cabeza abajo apoyando sólo su dedo índice y dio vueltas y vueltas como un trompo mientras su ojitos parecían semáforos que

chisporroteaban. Después se paró sobre la punta de su oreja que tenía forma puntiaguda y siguió dando vueltas. De tanto en tanto soltaba una risita que parecía un cascabeleo como el que hacen los renos de Santa Claus en Navidad. A pesar del modo amistoso de su comportamiento, Valeria mantenía su distancia debido a su asombro.

Por último se paró delante de ella sonriente.

- Sólo quiero jugar, no me temas.

- ¡Valeria! – grito la mamá desde la casa. -¿Qué haces en la puerta? Ven a tomar tu merienda.

El enano de un salto volvió a la rama del roble justo cuando la madre abría el portal de golpe.

- ¿Se puede saber qué haces? – dijo en tono de enojo. – Tu leche se enfría.

- Había un enanito, mamá, estaba aquí a mi lado y subió al árbol. – estaba tan agitada que las palabras le salían amontonadas.

- Entra – dijo ella con impaciencia, - tú siempre inventando cosas..

- No invento, estaba aquí, yo lo vi, dio un salto y subió... – miró hacia el árbol y notó que había desaparecido. – Se fue.. – agregó decepcionada.

- Vamos, aquí el único enano eres tú que siempre tratas de no tomar tu leche.

Valeria se sintió tan triste que sus ojitos se llenaron de lágrimas, pero no sólo porque el enano se había ido sino también porque su madre no le creía. Bueno, ella jamás le creía aunque a decir verdad algunas veces le decía mentirillas, pero eran chiquitas y sólo por no quedarse sin postre o sin los dibujitos de la TV.

Pero ahora era distinto, ella había visto al enano. De todos modos tomó su merienda sin chistar y se fue a su cuarto.

- Prepara enseguida tu tarea si quieres ver TV. – gritó su madre cuando Valeria salió de la cocina y se disponía a entrar en su cuarto. Estaba enojada por lo que tiró su mochila en un rincón con fuerza.

- Haz tu tarea, toma la leche – rezongaba por lo bajo – Entra a casa. ¡Uff! ¡Qué lindo sería volar como el enanito!

Se sentó en el suelo junto a la ventana y se puso a mirar hacia el roble. Estaba tan absorta que cuando sintió que le tocaban el hombro se sobresaltó tanto que cayó hacia atrás quedando tendida en el suelo.. La risa del enano chocó contra las paredes y formó lucecitas de colores que quedaron flotando en el aire.

Valeria se quedó tirada en el suelo mientras el enano se reía con ganas.

- Cierra la boca, Valeria, vas a tragarte mis luciérnagas.

- ¿Por donde entraste? – pudo preguntar cuando se repuso y logró sentarse de nuevo.

- Por cualquier parte.

- No se puede pasar por cualquier parte.

- Es muy fácil, abres la puerta de cualquier parte y entras.

- Me estás mintiendo, te burlas de mí – contestó la niña enojada.

- No me burlo – replicó el enano. – Dame la mano. Mira, ¿ves ahí? Ahí está la puerta de cualquier parte. ¡Vamos!

Los ojos de Valeria se agrandaron tanto que parecían salirse de sus órbitas porque era cierto, allí estaba la puerta y el enano salió por ella llevándola consigo. Después, sin saber como se vio sentada en la rama más gruesa del roble.

- ¡Guau!! – exclamó. - ¡Esto es fantástico! ¿Cómo lo haces?

- No lo sé, nunca me lo pregunté, no me pareció importante. Lo maravilloso era hacerlo. ¿Para qué preguntar?

- ¿Te lo enseño tu mamá?

- No, las mamás quieren y enseñan a querer, son pocas las que saben enseñar cómo se abren las puertas para volar. Mi mamá lo sabe hacer pero nadie se lo enseño ni ella lo sabe enseñar.

- ¿Cómo puedo aprender si mi mamá tampoco sabe volar? Ella sólo sabe enseñarme a obedecer. – se lamentó.

- No te apenes – la consoló el enano que de un salto se había ubicado en una rama más alta. – No esperes que todo lo haga tu mamá.

- ¿Pero cómo hago para entrar y salir por cualquier parte?

El enano dio una voltereta en el aire antes de volver a sentarse junto a Valeria.

- Haces muchas preguntas y el tiempo se te escapa por el túnel del por qué.

Junta las manos y haz un hueco grande.

La niña lo hizo intrigada, el pequeño comenzó a reír y el hueco se llenó de lucecitas de colores que salieron de su boca.

- Ahora sacude mis luciérnagas pero no las dejes caer ni las aprietes.

-Ya está, ¿qué más, qué más?
- No preguntes, Valeria – contestó él fastidiado.
- Está bien, está bien.
- Ahora repite conmigo: En cualquier parte voy a poder abrir las puertas para entrar y salir por cualquier parte.
Ella repitió palabra por palabra y con asombro notó que las lucecitas iban saliendo de a una por su boca.
- Listo, abramos la primer puerta por cualquier parte, vamos.
Y así volvieron a su cuarto y no preguntó más.
El enano dio muchas volteretas sobre el piso y se despidió dejando la habitación llena de luciérnagas. Todo fue tan rápido que Valeria no tuvo tiempo de protestar
- ¡Valeria! – gritó su madre desde la cocina. -¿Terminaste tu tarea? Ya vamos a cenar.
La niña sonrió pensando que su mamá sólo sabía enseñarle a obedecer y que el resto debía aprenderlo de a poco, todos los días, pero creía que también debía preguntar de vez en cuando.

AVENTURAS DE CHAN



El pequeño Chan era hijo del padre Chan y nieto del abuelo Chan. Vivía en la aldea de Cha-Pi un hermoso lugar arbolado donde habitaban pájaros de todos los colores.

Esa aldea estaba situada junto al río Chan-po, un río muy ancho de aguas tan claras que permitían ver las piedritas del fondo.

Chan tenía por costumbre zambullirse todos los días antes de ocultarse el sol, bucear hasta el fondo y recoger una piedrita por vez la cual llevaba a su casa. Sin darse cuenta y dado el tiempo transcurrido desde que comenzó a hacerlo, su montañita de piedras había crecido mucho. Cuando el sol llegaba hasta el medio del cielo y la acariciaba con sus rayos las piedras le respondían con guiños rojos, verdes, azules y

naranjas.

Una tarde Chan se zambulló en el río Chan-po pero no encontró ninguna piedra. Mientras le duró el aire en sus pulmones siguió buscando pero no encontró nada. Casi ahogado subió a la superficie muy desconcertado y se sentó sobre la arena a pensar dejando que las aguas del río mojaran sus pies.

Estaba tan preocupado que no se dio cuenta que Chan-bel, el pequeño pez dorado estaba nadando en círculos alrededor de sus piernas.

- ¡Chan! – le dijo después de un rato. - ¿Qué te pasa?

- Estoy desconcertado, Chan-bel, - respondió Chan después de un sobresalto, - no encontré piedritas en el fondo del río.

- Me parece que el monstruo de pelo largo se las llevó todas anoche.

- Si, si, yo lo vi – gritó Chan-fu con su vocecita aflautada asomando sólo su boquita.

- ¿Un monstruo de pelo largo?- exclamó Chan abriendo grandes los ojos. - ¿Y a donde se las llevó?

- No sé- explicó Chan-bel. – Yo me asusté tanto que quedé paralizado; sólo sé que era grande y el pelo le tapaba casi todo el cuerpo. Tenía pies de cola gigante y se movía muy rápido dentro del agua.

Chan-bel movía sus aletas con rapidez y las extendía todo lo largo que podía para que Chan pudiera imaginar al monstruo.

- ¿Saben hacia donde se dirigió? – preguntó Chan cada vez más intrigado.

- Creo que hacia allá – gritó Chan-fu señalando con su cola el rumbo norte.

- Voy a ver si encuentro su guarida – afirmó decidido Chan y se lanzó al agua sin escuchar los ¡No! desafortunados de sus amigos.

Chan nadó un rato y se sumergió hasta el fondo. Al no encontrar nada volvió a la superficie en busca de aire. Repitió esto muchas veces alejándose cada vez más de la costa, pero no halló nada, ni siquiera un rastro.

Cuando se dio cuenta de la distancia que tenía que nadar para volver se inquietó.

- ¿Qué haré ahora? – se preguntó. - ¡Estoy tan cansado!

Entonces Chan-su, el gran pez de las profundidades, vino en su auxilio.

- Recuéstate sobre mi lomo, yo te llevaré, - dijo.

- Muchas gracias, Chan-su, has sido muy oportuno al aparecer – sonrió aliviado Chan. Se colocó de espaldas sobre su amigo y este lo condujo a la orilla.

- ¿Qué sabes sobre el monstruo de pelo largo? – le preguntó cuando llegaron.

- Lo vi sólo un instante; no parece malo, al contrario, yo diría que irradia dulzura. No te puedo dar más detalles porque era de noche y no veo muy bien a esa hora; sólo siento y mi sentir fue ese.

Chan-su se fue y Chan se tendió sobre la arena, cara el cielo, muy preocupado por todo lo que había sucedido.

Se ponía el sol sobre el oeste cuando Chan regresó a su casa. Fue a mirar su montañita de piedras y notó que faltaban algunas. ¡Era el colmo! El monstruo no solo se llevaba las del fondo del río sino también las suyas.

En su cabeza comenzaron a surgir un montón de ideas para atrapar a ese monstruo pero todas parecían imposibles de realizar. Después de cenar su madre le dio las buenas noches y lo mandó a dormir pero Chan seguía pensando en el monstruo y se decidió. Vigilaría toda la noche escondido en el jardín.

Salió sin hacer ruido por la ventana y se sentó detrás de un arbusto muy grande cerca de la montañita de piedras. El tiempo pasaba muy despacio, las estrellas se iban corriendo por el cielo y no ocurría nada. A Chan le dio sueño y se fue quedando adormilado pero su oído seguía atento. De pronto escuchó algo...

- Plash... Plash...

El sonido era raro, como si algo golpeará el tronco de los árboles con fuerza pero a la vez delicadamente. Los ojitos de Chan estaban fijos en la montaña así que no tardó en ver una sombra muy larga que se extendía sobre el suelo. ¡Era el monstruo! Sus amigos decían la verdad y parecía enorme.

- Plash... Plash...

El sonido se acercaba. De pronto un canto dulce y cristalino se elevó invadiéndolo todo y erizando la piel de Chan que estaba totalmente paralizado, pero este estado duró poco, la sombra se transformó en luz y Chan pudo ver a una hermosa niña de cabello largo y negro pero que no tenía piernas. Se frotó los ojos con las manos para borrar lo que creyó ver y volvió a mirar... ¡Era cierto! En lugar de piernas tenía una cola de pez.

Se oyó una carcajada que parecía una lluvia de cascabeles.

- Si – dijo la niña, - no te asustes, soy una sirena y mi nombre es Aldana.

- ¿No eres un monstruo? – preguntó aliviado Chan.

- No – continuó riendo Aldana, - soy una sirena que se enamoró del río Chan-po y quiere vivir aquí; por eso estoy buscando las piedritas, quiero construir mi propia casa. Para ti son un adorno, para mí el lugar donde voy a vivir.

- Ya se me pasó el enojo – dijo Chan sentándose junto a Aldana. – Puedes llevártelas todas si las necesitas.

- Muchas gracias, Chan, eres un niño bueno.

- Y voy a hacer más, te ayudaré a llevar las piedras.

Y así fue que Chan y Aldana se pasaron toda la noche llevando las piedras hasta el río Chan-pu. Cuando salió el sol Aldana se había sumergido y Chan se quedó dormido sobre la arena mientras deseaba en sueños que el día pasara rápido. A la puesta del sol se sumergiría él también e iría a conocer la casa de su amiga Aldana. Luego le presentaría a Chan-bel, el pez dorado, a Chan-fu, el pequeño de voz aflautada y a Chan-su, el gran pez de las profundidades.

Emilse Zorzut

Argentina

emizorzut@netverk.com.ar

Ilustración: Ray Respall Rojas

17 años

Estudiante de la Academia de Bellas Artes San Alejandro.

Camila y su huevo de pascua



Camila estaba en su dormitorio, al mirar el almanaque se preguntó. ¿Cuántos días faltará para Pascua?, porque estoy ansiosa por comer un huevo de chocolate. Su mamá al escucharla se entristeció mucho porque no tenía dinero para comprar el huevo de pascua que Camila tanto esperaba.

Al otro día, la niña se fue al colegio y la mamá le contó al papá de Camila que ésta deseaba un enorme huevo de Pascua. El papá que no tenía trabajo recorrió el pueblo en busca de un trabajo para así poder comprar el regalo para su hija. Cuando legó el día de Pascua, Camila y sus padres fueron a misa a la capilla del pueblo y al regresar Camila encontró sobre su cama un huevo de Pascua con una nota que explicaba que en Pascua lo más importante no son los huevos de chocolate, sino estar en familia y con amor.

Fátima Celeste Bovero

11 años

Argentina

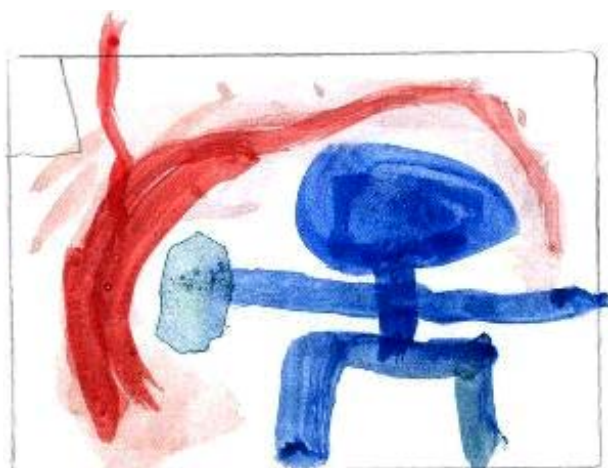
fatimaceleste2@yahoo.com.ar

Ilustración: Laura Molinero

Argentina

lalymol2000@yahoo.com.ar

El Genio



En una tierra muy lejana, solía vivir un genio; y no era cualquier genio de esos que encontrás en la calle o en una gran avenida, sino “El Genio”. Gente de todas partes del mundo iba a pedir su consejo o simplemente a verlo leer y estudiar. El Genio era un hombre muy sabio, sabía matemáticas, biología, historia, geografía, antropología, lengua, todos los idiomas que se hablan (y hasta los

que no se han hablado nunca), filosofía, economía, arte, música, y un millón de otras cosas. Nadie nunca se había atrevido a dudar de su inteligencia, sin embargo una mañana esto cambió...

Era un día soleado, y de mucho calor, cuando dos golpecitos, en la puerta del gran palacio del genio se escucharon. Las guardias abrieron las pesadas puertas y miraron hacia fuera, no vieron a nadie; justo cuando iban a cerrar las puertas y culpar a algún chistoso, descubrieron a dos niñitos de no más de 10 años parados en la puerta.

El genio no era un hombre muy sociable. Desde que había nacido había vivido en ese palacio, y como era genio no se molestaba en salir, porque él decía que los genios están muy ocupados con sus genialidades para ocuparse de otras cosas. Por lo tanto, nunca habían entrado niños a este palacio, excepto por supuesto príncipes y princesas que no eran exactamente niños, ya que no rompieron nada y hablaban solo de temas vinculados con política.

Eran un niño y una niña, la nena parecía la más pequeña, tenía dos trencitas muy prolijas, pelo de zanahoria y seis pequitas, tres de cada lado. El niño, en cambio era más alto, de pelo castaño claro y llevaba un sombrero de paja puesto.

Los guardias los miraron

- ¿Acaso están extraviados?- dijo uno.

- ¿Este no es el palacio del genio?- preguntó el niño.

- Sí, pero ¿para que están acá?- preguntó otro guardia.

- Nosotros venimos, a hacerle una pregunta al Genio que sabemos que no va a poder contestar- dijo la niña.

- ¿El Genio? ¿No poder contestar algo que ustedes dos piojos pregunten? - dijeron los guardias y después sus risas invadieron el palacio. Los dos niños se miraron, y empezaron a reírse ellos también. Tanta risa molestó al Genio que estudiaba arriba, y de muy mal humor (porque no le gustaban las risas) bajó y con un grito preguntó:

- ¿Qué diablos pasa acá?

Todos se callaron.

- Perdone señor, es que estos dos piojos acá dicen que saben algo que usted no sabe- dijo un guardia.

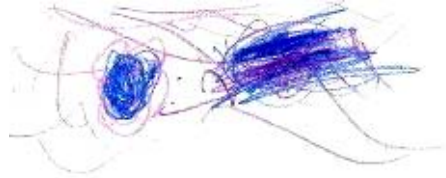
El Genio se acercó a los niños y les dijo:

- ¡PRUÉBENLO! –

Los condujo hacia un cuarto en donde se sentaron, los niños no paraban de reír, entonces él les dijo:

- Y a ver... ¿qué es lo que yo no puedo responder?

- Son unas cuantas cosas- dijo la niña con una sonrisa.



- Por ejemplo, dígame Don Genio, ¿Qué es lo que se siente cuando uno pisa el pasto descalzo en una noche de verano?- preguntó dulcemente el niño.

A esto El Genio no respondió, pues él nunca se había molestado en hacer esto mismo.

- Eso es muy simple y no gastaré mi tiempo en responderles- dijo, tratando de que no se dieran cuenta de que no tenía idea.

- Bueno, entonces dígame algo más fácil: ¿Qué siente uno cuando se ríe?- dijo la niña.

El Genio tampoco tenía respuesta adecuada para esto, ya que siempre había pensado que el reírse era una pérdida de tiempo.

- Si me van a preguntar algo tan tonto los voy a tener que echar, pregunten algo más complejo...- dijo El Genio, esperando que los chicos preguntaran alguna ecuación o le dijeran que resolviera una proporción.

- Muy bien, pero la última - dijo el niño -¿Cuál es el sabor del agua de un arroyo?

El Genio se quedó mudo. ¿Por qué era esto tan difícil?

Los niños se empezaron a reír y a cantar: “Usted no sabe nada, usted no sabe nada!”

El genio se enojó muchísimo, y los niños se escaparon antes de que pudieran meterlos en un calabozo...

Pero todo no fue tan simple, El Genio se había quedado preocupado, ya no se sentía un Genio. No comía, no dormía, estaba muy enfermo. Solo se quedaba en su cama, sin pronunciar palabra.

Una noche de verano, cuando la muerte lo estaba alcanzando, salió de la cama, medio dormido y descalzo, bajó las escaleras que hacía tanto que no bajaba. Sin que los guardias lo vieron, abrió las pesadas puertas.

Y caminó con pies descalzos por el pasto que estaba mojado debido al rocío; el muy travieso le hizo cosquillas al Genio en las plantas de los pies; y El Genio no pudo evitar reír, y sintió ese remolino de emociones que subía y rozaba sus costillas hasta que acariciaba su garganta y un sonido hermoso salía de ella.

Sediento se acercó a un arroyo y en sus dos manos puso un poco de agua y la



bebió; era el agua más rica que había probado, fría, con gusto a montaña y un poquito de nubes. Y ya muy cansado volvió a su palacio para continuar con sus genialidades...

Pero esto nos dice que para vivir en la vida diaria se necesita ser mucho más que un Genio, (y recuerden esta palabra es muy relevante...)

Florencia Lauria

A los 13 años

Argentina

Flor_lauria@yahoo.com

Ilustración: Andrea Velázquez Carrillo

8 años

Ursula Velázquez Carrillo

5 años

México

ave_solar@yahoo.com

REINAS EN MI VENTANA



Era delgado, desgarbado, alto y risueño. Ojos, pelo, piel, todo negro. Un niño lleno de amigos como el cielo de estrellas, lleno de amor como el océano de peces. Así era él. Cada mañana lo despertaba su abuelita y después de muchas vueltas bajo las cálidas sábanas se levantaba, vestía y desayunaba para partir al diario estudio escolar. Su vida era como la de todo niño.

Un día vio una verde, saludable y espigada plantita en su patio. Sintió el frescor de la naturaleza de solo verla y siguió contemplándola, mirándola, observándola y apuntando cada detalle de su crecimiento. Había visto otras crecer, pero esta era especial. No sabía por qué.

Ya alcanzaba un metro de altura con muchas flores cuando la vio. Ágil, graciosa, virtuosa e inquieta revoloteando cerca de su planta, libando el delicioso néctar y seleccionando las mejores hojas para posarse. Se acercó despacio, calmado, tranquilo y atraído por tantos colores. No necesitaba cazarla, ni siquiera tocarla. Sus alas podían dañarse. Observó cada movimiento con placer, asombro, diversión y felicidad al descubrir el acto de la vida. Cuando se alejó zigzagueando con los destellos de su colorido cuerpo. Con mucho cuidado volteó una de las hojas para comprobar la existencia de lo que él había sospechado: brillantes, ovalados y pequeñitos huevecillos a la luz del sol.

Todas nacieron y día a día crecían devorando las hojas de su planta favorita, pero no importaba. En algún momento esas oruguitas glotonas se convertirían en reinas de los aires vistiendo lindos trajes de negro y rojo como lo hizo su madre.

Descubrió un día un verde brillante y curioso bultito colgado del tallo de una hoja mientras otros gusanitos seguían alimentándose esparcidos por todas las ramas. Sintió como la felicidad se multiplicaba más que en un día de cumpleaños. Supo que nacería, pero.....¿Cuándo?

¿Cómo saber si fue la primera que nació hecha reina de su planta? ¿Cómo saber si otras nacieron primero? No lo sabía. Pero aquella fue su primera. Vio la fina capa de la crisálida rasgarse y deslizarse hacia una nueva vida su débil, frágil y segura protegida. Sus alas comenzaban a estirarse hasta alcanzar todo el esplendor, brillo, colorido y virtuosismo de la realeza.

Sembró muchas plantas, cuyos frutos eran grandes redondos y verdes globos que explotaban esparciendo sus cientos de semillitas envueltas en hilos de seda que transportaba el aire.

Ya no era como otros niños. Ahora su vida cambió; estaba llena de reinas voladoras. Nacían en todas partes. Muchas mañanas despertaba con el nacimiento de una hermosa mariposa en su ventana.

Lic. Geober Guibert Pardo

Cuba

africanorteasia@min.cult.cu

Ilustración: Karina Álvarez

7 años, segundo grado

Escuela Tomás Romay, Cuba

ideasz@jovenclub.cu

El mono azul



Una noche, en la selva, a esa hora en que solamente se escuchaba la canción del silencio, todos los animales dormían. Todos menos uno. Uno que daba vueltas en su rama pensando y pensando. Era Tomás el mono azul, inventor de canciones y versitos.

Y no estaba despierto porque había dormido mucha siesta, ni porque se quedó contando estrellas, ni porque se le fue el sueño jugando a armar torres con hojas secas. No. El mono azul estaba despierto porque no podía dormir. Y no podía dormir porque le resultaba imposible parar de pensar.

Estaba desesperado. No sabía cómo hacer para que Esmeralda, la mona verde, le diera un poquitito así de bolilla, una miradita, media sonrisa.

Así que esa noche Tomás pensaba ideas, miles de ideas. Tantas que se tapaban unas a otras, se enredaban, se confundían y terminaban siendo ridículas:

-Ya sé - decía entusiasmado- me visto de amarillo con pétalos de margarita y me perfumo con juguito de limón o le mando una canasta de hojas de lechuga y le pelo cien bananas, o mejor armó con las cáscaras un castillo y le regalo un collar de granitos de arena....

Después empezaba a dudar:

-Mejor no - pensaba arrepentido- porque si estoy todo de amarillo va a pensar que soy un melón gordo y si me perfumo con limón puede creer que soy una ensalada y si le mando las hojas de lechuga va pensar que creo que es un canario y si pelo cien bananas cuando termine no voy a tener fuerzas de armar ningún castillo y si quiero hacer un collar de granitos de arena.. ¿Cuánto tiempo voy a estar hasta poder pasar cada granito por un hilo de seda?

. Entonces tenía que volver a empezar.

Cuando ya casi se le habían cerrado los ojos por el sueño, creyó encontrar la fórmula para que la mona verde se fijara en él .

-¡Ya sé! - dijo con entusiasmo nuevo -Para que Esmeralda me quiera tengo que demostrarle que puedo hacer cosas maravillosas, , asombrosas, inexplicables, fabulosas, bestiales, impresionantes -Tengo que hacer algo que la deje embobada, mirándome sin poder dejar de mirarme. Con el plan decidido el mono azul aprovechó para dormir lo poco que quedaba de noche.

A la mañana temprano Tomás se paró frente a Esmeralda y en tres saltos trepó hasta la última rama de árbol más alto de todos los de la selva .

Pero la mona verde ni mú. Siguió desayunando su licuado de banana sin ni siquiera darse cuenta de lo que Tomás había hecho.

El mono azul bajó del árbol despacito porque la altura lo mareaba un poco y pensó que al mediodía iba a volver a probar suerte. Esa vez si, Esmeralda iba a deslumbrarse.

Cuando llegó la hora del almuerzo todos los monos fueron a buscar frutas. Tomás llevó una canasta casi más grande que él mismo y la llenó con una montaña altísima de frutas de todas clases. La canasta desbordaba peras, bananas, uvas, mandarinas, naranjas, melones, sandías, cocos... La puso sobre su cabeza y se paró a la vista de la mona verde. Hacía un esfuerzo terrible para sostener semejante canasta sin que se le cayera todo en avalancha. Pero el esfuerzo fue inútil. Esmeralda le dio la espalda y siguió juntando frutas con sus amigas sin prestarle atención al mono azul.

Tomás hizo un desparramo con su montaña de frutas y lo único que consiguió fue preparar una ensalada para veinte días.

-Esto no funcionó -se dijo el mono- pero voy a intentarlo de nuevo tengo que demostrarle a Esmeralda que puedo hacer cosas maravillosas.

Esperó hasta la tardecita, el momento en que Esmeralda se bañaba. Entonces tomó carrera y de un salto larguísimo cruzó de punta a punta la laguna sin tocar el agua. Los cocodrilos lo miraron con la boca abierta y algunos loros asombradísimos repitieron brrrrravo, brrrravo. Pero la mona verde ni mu..

Tomás se quedó sentado en la otra orilla mirando como Esmeralda seguía enjabonándose con leche de coco y canturreando bajito sin darse cuenta de la prueba fenomenal que había hecho.

-No hay caso, todo me sale como la mona -dijo el mono triste, cansado y haciendo puchero.

Tomás fue hasta su árbol se puso el pijama y se acostó en una rama. Sabía que esa noche tampoco iba a poder dormir. Dio vueltas y vueltas y tantas vueltas que el abuelo mono fue a ver que pasaba porque desde lejos le parecía que el árbol se había convertido en calesita. El mono azul le dio un besito a su abuelo y le contó su pena.

-¡Pero Tomás! No,no,no,no,no - le dijo el abuelo moviendo la cabeza sin parar. -Para que Esmeralda te quiera no tenés que treparte a los árboles más altos, ni tener montañas de frut, ni hacer saltos impresionantes. Solamente tenés que ser vos y mostrarle como sos, cuales cosas querés y nada más.

-Pero, te parece abuelo... yo lo único que se es inventar canciones y eso ¿que le puede importar a la mona verde?.

El abuelo lo miró muy serio a Tomás y le dijo:

-Vale más una canción que un monito fanfarrón.- y se fue nomás, dejando al mono azul pensando en sus palabras.

A la mañana siguiente Tomás se despertó y bajo de la rama para desayunar. Lo primero que vio fue a Esmeralda que estaba juntando margaritas. Tenía un ramo tan grande y amarillo que daba la impresión que estaba abrazando un sol. La mona verde se agachó, se tropezó con una piedra y cayó

desparramándose junto a las flores. Tomás salió corriendo y mientras la ayudaba a levantarse le cantó:

*-Te vi
juntabas margaritas por ahí...
después te diste flor de tropezón
me dolió a mi mismo el corazón .
Yo te quiero un montón*

La mona verde escuchó esa canción y se quedó mirando a Tomás totalmente embobada, impresionada, acatarrada y enamorada.

-Qué canción más hermosa... nunca nadie me inventó algo así para mí.

-¿De verdad te gustó?

-Claro que me gustó . Y quiero que me invites a cenar así podemos charlar un rato y me inventás canciones nuevas ¿Dale que sí?

El mono azul no podía creer lo que estaba escuchando. La mismísima Esmeralda estaba allí, enfrente suyo y le proponía todo eso a él. Era un sueño.

Esa noche Tomás y Esmeralda cenaron juntos: cocinaron arroz con sopa , de postre banana pisada con dulce de leche y de golosina bananita con chocolate.

Después de la comida se quedaron mirando la luna mientras Tomás le cantaba suavemente:

*Hay que rica fue la cena
el arroz y la banana
yo te canto esta canción
porque se me da la gana*

La mona verde a esa altura ya estaba enamoradísima .Le propuso a Tomás que fueran novios cosa a que él, por supuesto, aceptó .

Y si de todo esto algo aprendió fue que el abuelo mono tenía toda la razón:

Más valía una canción que un monito fanfarrón

Graciela Sverdlick

ARGENTINA

gracielasver@fibertel.com.ar

Ilustración: Sarah Graziella Respall

5 años

Cuba

La Verdad



Aconteció que una gélida tarde de mayo, el gran filósofo francés Descartes, iba de paso por la ciudad de Lyon, que antiguamente llamaban Lugdano, y percatóse de como un joven vendedor de frutas, se quejaba de su pobreza.

-Muchacho, ¿qué te sucede?

-¡Si usted supiera, buen hombre, el duro trabajo que he de hacer para ganar el pan y el vino! ¡Cuánto no daría por tener la décima parte de la fortuna de un caballero como vos!

Descartes, que no era tan rico, le

dijo:

-Quizás, joven estás equivocado.

-Señor, no lo comprendo.

-Sí, escucha. Quizás el infeliz soy yo...

-¿Usted?—le interrumpió el frutero.

-¿Qué te hace pensar que esta vida miserable que llevas es la realidad? ¿Qué te hace pensar que no es un sueño del que aún no despiertas? Tal vez, incluso yo estoy soñando que soy un hombre cuando en realidad soy una oveja.

-¡Ojalá lo que dices fuera cierto! ¡Cuánta gente no desearía que todas sus desgracias fueran pesadillas! ¡Sólo pesadillas!

-De modo que existe la posibilidad de que seas eso que tanto añoras. Así, te digo que no te aflijas, pues las personas han de ser felices como son y no como querrían ser.

El rey Luis XIV se despertó, todavía somnoliento dio un vistazo a su alcoba. La vieja monja, veladora de su descanso lo tocó. Aún tenía fiebre.

-¿Qué ocurre, alteza?—le interrogó.

-Tuve un sueño... uno raro... Yo maldecía mi suerte y un hombre me hablaba... No recuerdo qué... No obstante, por un momento pensé que lo vivía.

LOS ANCIANOS DE SIÓN.



Inquieto, tomó asiento a su lado. El viejo tenía las manos mohosas, el cabello semidesprendido y la piel dejaba ver algunas ranuras donde asomaban los vestigios de huesos maltratados por el tiempo; cualquiera hubiese advertido demás el olor putrefacto de la muerte corriendo a través de sus venas. Pero no, es noche, el momento en el que los que nos han abandonado regresan del abismo a reabrir antiguas heridas, esa noche era especial, vivos y difuntos vagaban juntos en las calles bajo el amparo de un plenilunio sobrecogedor.

El chico extrajo una suerte de amuleto del bolsillo derecho de la chaqueta.

Parecía un minúsculo candelabro de plata con algo incrustado de ópalo, formando la palabra emeth. Se lo mostró al zombie. Este sonrió despreocupado y pensó alegar determinado comentario, sin embargo, se abstuvo, esperando que el muchacho soltara la iniciativa.

--¿Sabes lo que es?—interrogó el joven—Supongo que sí, no eres en vano el judío errante, el inmortal, Ahasverus. Aunque eso ha dejado de constituir un factor atenuante actualmente para que el Golem te encuentre y te mate. Todos han sido liquidados y, maestro, yo soy el único que ha escapado, portando este bienaventurado talismán, el último de los cabalistas.

--Espléndido. Entonces creo imaginar cuál es el motivo de tu visita. Deseas escuchar la Historia, conservas la esperanza de que funcione.

--Exacto—exultó tímido el chico.

--He de advertirte lo mismo que a los otros: el tema de las maquinaciones divinas escapa de la percepción sensorial humana. En realidad, está muy lejos de mis intenciones que captes el significado de lo que te relataré, aunque lo haré de todas formas por mero placer. Verás, cuando la última hoja del último laurel había caído en el Paraíso Terrenal, allende las regiones del Oriente, el barro forró su corteza y el trébol probó su dureza, tomando ambos el aliento de la arena, del polvo de donde habían nacido los hombres: del polvo vinimos y al mismo volveremos. No obstante, ellos consiguieron formar un ser que no volvería al polvo gracias a los efectos naturales, la criatura inmortal, destinada a vagar entre los vivos eternamente, pero Él lo percibió y dijo que le concedería una virtud y escribió su nombre en la frente... Fine, das ende, el final.

--Pienso que es ahora, ¿cierto? Ha llegado la hora de que nos enfrentemos, Gran Cabalista.

--Sí.

El viento trajo en la mañana el olor de la sangre desperdigada, al quedar vacío un sitio en el cementerio de Praga. Ahasverus había dicho adiós a este mundo para siempre acabado por el Golem.

CUANDO UN ANGEL MERECE MORIR



Félix había decidido deshacerse de todo aquello, para lo cual indujera al desdichado matrimonio a comprar la propiedad, sin apenas haberla examinado, con la promesa de un terreno rico en vegetación y fauna exótica. Creyó que eso resolvería todos sus problemas acerca de la “cosa”, aunque luego el tiempo se encargara de mostrarle lo contrario. No existía nada capaz de excitar más a la “cosa”. Podía oler el peligro, aún a kilómetros de distancia.

Sin embargo, entonces Félix no sabía eso. Aquella era la última noche en la granja. Afuera, los pájaros habían comenzado a molestar. “¿Tan temprano?”, se preguntó, incordiado. Salió furioso por la puerta, asegurándose de cerrar tras de sí. Siempre lo hacía, previendo que lo Otro escapara. El cielo estaba

totalmente nublado al punto de que resultaba imposible ver titilar las estrellas.

El ambiente viciado del crematorio de cerdos, antiguamente en pie a unos pocos metros de la casa, llegaba hasta el portal como el fantasma de una idea imperecedera.

Agarró el rifle que utilizaba para espantar a los vendedores y curiosos, tratando de verificar si estaba cargado, en caso de que hubiese algo más que pájaros en los sembrados. Casi en un aullido alcanzó a escuchar un ruido entre los trigales, parecían moverse, agitándose sobre la tierra, a punto de desprenderse. Se aventuró con el arma levantada, lista a disparar en cualquier instante.

Una vez sus pies hubieron tocado la fría tierra sintió un aire de soledad. Nunca antes se había dispuesto a reflexionar acerca de ello, no obstante, bien visto, desde que se retirara a su guarida campestre se comenzó a aislar todavía más del mundo. Ya apenas salía de compras a la ciudad para los productos básicos y se dejaba ver muy poco. De cuando en cuando, asomaba la cabeza por la estación de servicio implantada tan felizmente en el centro de la carretera proyectando llenar el tanque del coche con el suficiente combustible para realizar un largo viaje al hospital.

La sala de psiquiatría siempre andaba semivacía, otorgándole un aspecto sardónico al sitio. Félix era uno de los pocos consultantes fijos.

-¿Y qué se cuenta de su hijo? –preguntaba todas las mañanas el médico.

-Los problemas se van resolviendo –contestaba monótonamente Félix.

Le fastidiaba que el profesional se interesara tanto por la “criatura”. Desde el día de su nacimiento, se percató de que iba a convertirse en un lío. “Es completamente anormal”, eran las palabras del doctor que atendiera el fallido parto de Tabita, “no sé qué llevaba vuestra señora esposa, que en paz descanse, en el vientre, mas le aseguro que eso estaba muy lejos de ser humano”. Rayos, pensó entonces, *Rosmary’s baby*. Debió haber sonreído en ese momento, luego la desgracia lo sofocaría.

Avanzó cauteloso a través del sembrado, cuidando de no tropezar ante una piedra o cosas por el estilo. De repente advirtió una presencia a sus espaldas y la sombra de un engendro fue proyectada por los potentes focos de la vieja camioneta. La voz de lo Otro se alzó en la distancia, susurrándole al oído.

-¿Lo has encontrado? –inquirió.

-¿De qué modo... de qué manera has escapado?

-Los cierres nuevos que pusiste carecen de mucho, incluyendo la calidad y resistencia.

-Creo que este es el fin, ¿verdad?

-Sí.

-¿Qué se le va a hacer? Adiós.

La silueta se irguió en todo su tamaño sobre el suelo y desplegó unas finísimas alas, montando vuelo hacia la nubes. Siempre lo había tratado de ocultar, aunque el sacrificio de su esposa le hubiese reportado un ángel, al que odiaba con cada fuerza de su corazón.

Guillermo Badía Hernández.

15 años, Estudiante del Preuniversitario de Ciencias Exactas

Cuba

mvh@infomed.sld.cu

Ilustración: Ray Respall Rojas

17 años, Estudiante de la Academia de Bellas Artes San Alejandro

Cuba

EL DRAGON DE PAPELON



Cuenta la historia que en Reino de Tontón vivía un Dragón, llamado Inflón, que era afable con los abuelitos y quería mucho mucho a los niños.

El Dragón Inflón era de papelón y vivía en la montaña de turrón y eso lo hacía muy distinto a los demás dragones, sus hermanos y primos. Sin embargo, no todo era felicidad. Era la última estación del año e Inflón estaba cambiado. Las gentes del Reino de Tontón murmuraban quedamente todo el día:

--¿Que le pasa a Dragón Inflón? ¿Ha dejado de ser bueno? Mucho lo queremos, ¡pero ya no es afable como antes!

--¡Veamos al Rey!, Dijo alguien y todos, repitiendo ¡Veamos al Rey!, ¡Veamos al Rey!, se llegaron a Palacio, luego de subir un largo y sinuoso camino, bordeado de jazmines, rosas y rododendros.

Y los vecinos contaron al Rey que Inflón los corría, les quemaba los fundillos y les sacaba las pelucas de su cabeza. El Rey Retontón y su hijo Retontontón los escucharon. Cuando todos terminaron sus relatos, les dijo el Rey:

-¡Súbditos amados! Os he escuchado y me resulta difícil creeros. Dragón Inflón es muy bueno, siempre fue afable con los abuelitos y quiere mucho, mucho a los niños. Habla con cariño de todos los ciudadanos y me consta que los ama. Pero os daré satisfacción. Hablaremos con Inflón.

A la mañana siguiente, un caballero regordete, con larga lanza y brillante armadura, se presentó en la montaña de turrón y, con todas sus fuerzas, gritó: -¡Dragón! ¡Dragón Inflón! Te saluda el caballero Gruñón. Me envía nuestro amado rey Retontón y su hijo Retontontón para invitarte a Palacio. ¿Que contestas?

Inflón asomó su cabezota en la montaña de turrón y abriendo su boca, contestó:

-¡Con placer iré! ¡Con placer iré! ¡Amo a mi Rey!, gritaba mientras lanzaba largas lenguas de fuego y mucho humo.

Volvió satisfecho Gruñón, para avisar al Rey que había cumplido con su difícil tarea.

Esa misma tarde, sin dormir su siesta, el Dragón estaba en la Sala del Rey, sentado frente a él

-¿Que deseas de mí, Vuestra Graciosa Majestad?, dijo Inflón.

-Me cuentan los vecinos de este Reino, mis súbditos, que ya no eres el mismo, Inflón. Que los molestas, que les quemas los fundillos de sus pantalones y les sacas sus pelucas. ¿Es cierto eso, Inflón? preguntó el Rey.

Inflón bajó sus ojos y contestó:

-Sí, Su Graciosa Majestad, lo es.

-¿Y puedo saber a qué se debe esa conducta? volvió a preguntar el Rey Retontón, poniendo su cara mas seria.

- Deseo jugar con ellos y bromear, dijo Inflón. Me aburro mucho en mi montaña de turrón.

-Pero no está bien lo que haces, dijo el Rey Retontón. Se les calienta la cola y se les enfría la cabeza. Muchos se han engripado y tienen dolor de garganta, concluyó el Rey.

-¿Qué opinas tú, Retontontón?, preguntó el rey dirigiéndose a su hijo.

-Padre, tienes mucha razón, contestó Retontontón, que siempre estaba de acuerdo con lo que decía el Rey, su padre.

Todos miraron al Rey. Había llegado el momento por todos esperado: su sentencia.

Se produjo un gran silencio en la Sala Mayor de la Corte, mientras el Rey Retontón pensaba, pues no era fácil encontrar solución, pero sus cortesanos, caballeros y súbditos confiaban en su ingenio y su buen juicio. En verdad, todos estaban ansiosos por resolver este problema y volver a gozar de la compañía del querido Inflón.

Por fin se hizo oír su voz grave y potente.

Dijo el Rey:

-¡Si sigues quemando colas y sacando pelucas, los papás dejarán que los niños de Tontón se coman tu montaña de turrón!.

Mucho sería mi sufrimiento si los niños, mis amigos, se comen mi montaña y me dejan sin mi casa de turrón. lagrimeó Inflón. Pero me aburro y deseo hacer bromas, Su majestad, concluyó.

-Bien, bien, dijo el Rey Retontón. Para que no te aburras y conserves tu montaña de turrón, te daré un trabajo. Todos los días bajarás hasta el Gran Parque de Juegos del Reino de Tontón, y usarás el fuego que sale de tu panza para calentar la locomotora de maní. ¡He hablado!

El Rey miró a Inflón con cara severa, mientras descansaba del esfuerzo que le había causado tan profunda y sesuda decisión.

Inflón no cabía en sí de alegría.

-¡Sí, sí!, decía. Y repetía! ¡Si, sí!

Y desde ese momento, Inflón volvió a ser feliz y jugar con sus amigos, los niños, que saboreaban el mejor maní tostado y caliente que jamás habían probado.

Y en el reino de Tontón ya no se quemaban los fundillos y las gentes no perdían más sus pelucas.

Héctor Fernando Bruno

Argentina

info@seguridad-vial.com

hbruno@netverk.com.ar

hectorf@amc.com.ar

Ilustración: Jairo Cobas

11 años

Escuela Tomás Romay

Cuba

ideasz@jovenclub.cu

HISTORIAS DE CUMPLEAÑOS Y JUGUETES

El cumpleaños de la madre de Frank



El día del cumpleaños de la mamá, Frank fue a comprar un regalo a la mamá y le compró un payaso.

- "Mamá en cuál mano está el regalo" dijo Frank.

- "En la derecha" - dijo ella.

- "No, está en la dos. Abrilo..."

- "A ver, a ver... - dijo la mamá -. ¡Que lindo payaso!"

- "Yo sabía que te gustaban los payasos".

- "Ah, ¿y este botón, si lo aprieto que pasa?"

- "Ya verás si lo aprietas - le propuso Frank".

- "Lo voy a apretar listo - dijo la mamá - Ya apreté, ¿y ahora qué pasa?"

- "Esperá, vas a ver qué pasa..."

Y entonces el payaso empezó a andar.

- ¡Qué lindo cómo marcha va! - se maravilló la mamá de Frank.

Y entonces vinieron el padre y el abuelo y la abuela, que se llamaba Clorinda. Y Frank estaba tan contento que le pidió a la mamá y al papá y a los abuelos que vivieran todos juntos.

Un día tranquilo en un cumple

El chico del cumpleaños se llamaba Matías. Y ahí estaba todo la barra de amigos. Y los que no, empezaban a llegar.

- ¡Mamá, mamá, vinieron Juan, Faustino, Agustín y Felipe! - decía Matías, contento -. ¡Mirá, má, qué lindo autito! ¿Te digo todo lo que me trajeron mis amigos?

- Sí, decime - le dijo la mamá.

- Un muñeco, una bermuda, un auto de policía que hace ruido y luz, un buzo...

- ¡Cuántos chicos y chicas que hay, Matías! - dijo la mamá -. Mirá, allá viene otro chico.

Y el chico traía un camión. Y todos se pusieron a jugar con los regalos.

La mamá de Matías se llamaba Rosa. Entonces vino Felipe y le preguntó:

- ¿Cuánto falta para que termine el cumpleaños?

- Uff!!... Mucho. Vayan a jugar - dijo la mamá - que yo les aviso cuando termina el cumpleaños.

Todos se fueron a jugar. Y pasó un rato largo. Hasta que vino Rosa, la mamá de Matías, y dijo:

- Chicos ya son las 2 y media. Los vinieron a buscar sus mamás y papás.

Y cuando todos se fueron, Matías le dijo a la Mamá:

-¿Viste qué lindos juguetes que me dieron los chicos?

- Sí - les dijo la mamá -, los vi. Y se portaron todos muy bien jugando con los juguetes.

Y así fue que Matías se pasó todo el resto del día jugando con los juguetes que le regalaron.

Dos chicos aviadores



Había una vez un avión, parado en la azotea de una casa muy alta. Era un verdadero avión, con dos alas, una hélice y una banderita en su cola. Todo flamante y pintado de brillantes colores, que parecía esperar a alguien, quietito en la terraza. Y no era difícil adivinar a quién: aquella azotea pertenecía a la casa en que vivían Manuco y Finita, dos mellizos muy aventureros.

Y claro, ya que el avión estaba allí - prometiendo una regia aventura - los chicos corrieron a ponerse sus equipos de aviadores y subieron en él. ¡Qué suerte que justamente tenía dos asientos!

Manucho hizo de piloto y puso en marcha el motor. La hélice comenzó a girar, el avión se elevó y "brrrrrr... brrrrrr...", comenzó el paseo aéreo de los dos hermanitos.

Un parque bueno

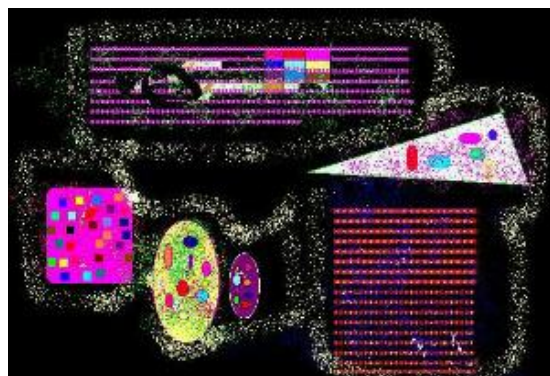
Cuando abrieron el parque, cerca de la casa de la estación de trenes, fueron muchos chicos. Y ahí estaba el payaso Pepe, que le pidió a un chico que le ayudara a hacer una prueba. Y le tocó a Franco. Y entonces el Payaso Pepe le dijo a Franco que tenía que hacer la vertical, pero Franco no sabía hacer la vertical. Y primero tuvo miedo. Entonces el Payaso Pepe le dijo: "Franco, si tenés miedo, nunca vas a poder. Tenés que pensar que sí, que podés, que te va a salir". Y Franco se paró bien serio, y dio un saltito, intentó hacerlo y le salió muy bien. Y el Payaso Pepe, para felicitarlo, le dio un regalo: un osito rojo que desde ese día Franco acuesta todas las noches en su cama.

Una calesita hermosa

Un chico que se llamaba Juan fue a la calesita nueva que había en su barrio, y que era una calesita hermosa. Juan estaba con su amigo, que se llamaba Faustino, y Faustino también quiso subir a la calesita. Y subieron los dos, y cada

chico que pasaba por el barrio quería subir a esa calesita hermosa. Y mientras daban vueltas y vueltas, hubo muchos y muchos caramelos, muchos globos y caballitos de madera hasta que se terminó la vuelta. Y todos bajaron y dijeron: "¡Queremos dar otra vuelta!". Y subieron, hasta terminar la segunda vuelta e irse muy felices y muy contentos.

Jugar todos juntos



Cuando la calesita se trasladó dos cuadras más allá de donde estaba, y se unió al parque, que ahora era muchos más grande, el grupo de chicos empezó a juntarse a jugar en ese lugar. Estaban Franco, Juan, Faustino, Agustín, Felipe, Matías y Frank, que era el hermano de Franco. Todos cuidados por Abuela Clorinda y Mamá Rosa

Todos se divertían cuando sintieron un ruido raro que venía del cielo. Y levantaron las caras y miraron hacia arriba, y vieron que venía el avión manejado por Manuco y Finita, los mellizos muy aventureros.

Entonces, todos los chicos dijeron:

- Vamos a llamarlos todos a la vez, así nos escuchan.

Y lo hicieron:

-¡Vengan, chicos, vamos a jugar acá, con el payaso Pepe!

Y Manuco y Finita, que los escucharon, bajaron el avión en la estación de trenes y se quedaron ahí, con todos los chicos, jugando hasta que el sol, lleno de sonrisas, se escondió detrás de los árboles, y hubo que volver a casa para bañarse, comer y acostarse a dormir.

Hernán Enrique Carbonel

Argentina

hernancarbonel@yahoo.com.ar

Ilustraciones: Josiu Grave de Peralta, Samuel Santos, 7 años, 2do grado, Escuela Tomás Romay, Cuba ideasz@jovenclub.cu

Carolina Fernández-Vega Charadán, 10 años, Escuela Alejandro García Caturla, Cuba carichao@cubarte.cult.cu

EN EL REINO DE LA CRUECITA



En el *Reino de la Crucecita*, existía una vieja, extraña y ridícula ley, que obligaba a todos los habitantes del reino a llamarse Victoria si nacía hembra o Victorio si nacía varón. Era ya, más que una ley, una costumbre que todos llevaran una ramita de laurel por sobre la oreja izquierda y en días de fiestas niños, jóvenes y ancianos adornaran su frente con hermosas

coronas de laurel, sobre todo en el *día de la victoria*.

Cada año el día del equinoccio de verano, se hacía la gran fiesta de la victoria, era un cumpleaños gigante, todos celebraban con cantos, bailes y juegos de diferentes tipos. El rey con una corona doble de laurel salía por todo el reino a caballo saludando a todos sus súbditos, solo tenía que decir:

_ Adiós *Victoria* o _ Adiós *Victorio*, sin correr el riesgo de equivocarse nunca. Nadie recordaba ya cuanto tiempo hacia que se celebraba la victoria, ni cual fue el primero que se llamó *Victorio*, solo se repetía que el rey de Crucecita le había ganado al rey de Bolitas, en la difícil carrera de enlazar la argolla y que por eso los habitantes de Crucecita eran mas fuertes ágiles e inteligentes que los de Bolitas y que por eso ellos todos tenían nombre de vencedores.

Cuando los *Victorias* y *Victorios* eran más 1000, alguien tuvo la brillante idea de numerarlos después del nombre, porque el maestro *Victorio* a cada rato se equivocaba al poner la calificación de sus alumnos. Solo escaparon de la numeración los príncipes y reyes a los que diferenciaban por sus características físicas, así conocieron reyes gordos, altos, flacos, narizudos, y princesas sabias, hermosas, enanas u otro calificativo que bien los identificara.

Y resulto que hubo una *Princesa gorda* que no le gustaba que le dijeran *Victoria la gorda*, por eso corría, hacia ejercicios y se alimentaba solo con vegetales y frutas del bosque para mantenerse delgada, pero igual todos le decían la princesa gorda, por eso cuando cumplió 15 años, como era costumbre pidió su mayor deseo en presencia de toda la corte y ante todo el pueblo de Crucecita

La ceremonia del deseo, era el sueño de toda joven, ese día estrenaban traje largo, zapatos de tacón alto y dejaban de usar botas de cuero con tres hebillas de plata, bailaban la *danza del Laurel* con el más hermoso de los galanes del reino, en el gran salón del palacio, que ese día tenía todas las ventanas abiertas para que el pueblo pudiera ver desde la calle. Al terminar la danza, la festejada salía al balcón real y allí pedía su mayor deseo y tres deseos menores.

Todas las princesas siempre pedían el deseo mayor y luego los tres menores pero *Victoria la gorda* anuncio que ella diría los menores y por último el grande, aunque parecía una idea descabellada, su padre el rey *Victorio Lampiño* estuvo de acuerdo.

Muy contenta comenzó la princesa:

_ Quiero seguir usando las botas de cuero con tres hebillas...

La *Reina Chipoja* palideció ante tan loca idea, todas las princesas y reinas de Crucecita odiaban esas botas y su hija, su única hija, quería seguir las usando, tras un suspiro sonoro olió su pañuelo perfumado y con voz resignada le dijo:

_ Continúa, hija, será concedido.

_ Quiero que todas las niñas de Crucecita aprendan a leer y a escribir

Esta vez el asombro fue en las afueras del palacio un fuerte ummmmmmm se escuchó, mientras el rey le decía:

_ Pero hija ¿cómo se te ocurre? ¿es que no sabes que las niñas valen menos que los niños?, ¿para qué van a aprender a escribir y menos a leer? ¿En qué tiempo lo harán? ¡qué va, hija, ese deseo no te lo puedo conceder!

_ Lo siento papá, pero es mi deseo menor y a todas las princesas siempre se le ha concedido.

_ Pero hija sabes lo que me pides, el maestro *Victorio* no alcanzaría, para darle clases a tantos niños

_ No importa puede haber otro maestro *Victorio* en la escuela

Entre los campesinos se escucho una voz que gritó...

_ ¡Viva la *Princesa gorda*!!!! - Y todos respondieron _ ¡Viva!

La cara del rey cambiaba de colores, de pronto palidecía de la vergüenza por los deseos que pedía su hija, de pronto estaba colorado como un tomate por la ira o volvía a palidecer por no poder complacer a su hija... hasta que finalmente le dijo:

_ Ya veremos como arreglamos ese deseo, continúa...

Mientras *Victoria* la gorda seguía en pie sonriendo, sabía que no le podían negar ningún deseo, por eso se apresuró a pedir su tercer deseo menor...

_ Quiero que nunca más nadie me llame *Victoria la gorda*.

Todos rieron aliviados pues este deseo era muy simple y a coro dijeron sus padres

_ Concedido querida hija.

Solamente quedaba un deseo por pedir, era el más importante, el deseo mayor...

_ Quiero llamarme *Laura*...

La reina se desmayó y el rey malhumorado gritó:

_ Se acabó la fiesta, todos a sus casas y tú, *Victoria la gorda*, a la torre, hasta que cambies de deseos...

Muy apenados, los guardias del palacio llevaron a la princesa, con su traje largo, sus zapatos de tacón y puntera, a la torre del palacio y allí la encerraron por órdenes de su padre el rey *Victorio Lampiño*.

Cuando la reina *Victoria Chipoja* salió de su desmayo, preguntó por su hija y le contaron donde estaba, se puso a llorar sin parar y cambió sus ropas por un vestido de hojas de Laurel.

Todas las mañanas la joven era visitada por un emisario que le subía el pan del día y el agua y le preguntaba por órdenes de su padre si había cambiado de deseo, a lo que la muchacha respondía invariablemente que no.

La princesa no podía ser visitada por nadie, la torre quedaba al lado del palacio y era tan alta que desde ella se podía ver todo el reino y hasta las tierras del reino de las Bolitas. Como *Victoria la gorda* estaba tan sola, se pasaba los días mirando por la ventana e inventando historias que no podía escribir pues no tenía ni papel ni lápiz.

Pasaban los meses y nuestra princesa no cambiaba de deseos, pero tenía muchas ganas de salir de aquel encierro, de correr con sus botas de tres hebillas, de cantar al aire libre, de montar a caballo, de practicar con su sable en un combate de mentiritas y a veces lloraba y se decía...

_ Voy a llamar a mi padre y le diré que he cambiado de deseo... pero al momento pensaba "Y las niñas entonces nunca sabrán leer ni escribir y a todos los seguirán numerando como si fueran animales y a nosotros nos seguirán poniendo nombres como si fuéramos bufones o payasos, no no y no".

Una tarde estaba mirando por la ventana, en dirección al reino de las Bolitas se percató de cuanto tiempo había pasado, pues las ramas del laurel que quedaba a la derecha de la torre ya casi alcanzaban la ventana, cosa que no ocurría cuando ella entró en la torre...

Nuevamente se puso muy triste, en todo ese tiempo solo había visto al emisario y tenía muchos deseos de abrazar a su madre y a su padre.

Pensó que sería muy bueno poderse escapar, ya las ramas del laurel le permitían llegar al tronco y por este bajar hasta la tierra y de ahí saldría en busca de su padre y le explicaría por que ella quería llamarse Laura.

Sin pensarlo mucho se encaramó en el borde de la ventana, las rejas eran bastante anchas y ella de tanto tiempo encerrada estaba muy flaca por eso *Victoria la gorda* cupo perfectamente entre los barrotes, cuando estaba en lo alto le dio mucho miedo, pero cerró los ojos y a tientas se apoyó en las ramas más altas e iba moviendo sus pies poco a poco hasta que llegó al tronco y comenzó a bajar.

El viaje de descenso fue muy divertido, las ardillas se le ponían enfrente y acercaban el hocico a la nariz de la princesa, las parejas de pajaritos estaban en sus nidos alimentando a los pichones y ya en la tierra la recibió un ratón que al ruido de la caída de la jovencita se escondió muy rápido en su madriguera.

Cuando se vio libre no sabía que hacer, ni a donde ir y como hablando consigo misma dijo...

_ Voy a ir directo a mi casa, es temprano y mi padre debe de estar de regreso de su paseo por las tierras del reino, pero ¿Cómo entraré...?

Fue al río y allí bebió agua fresca y se lavó la cara a la vez que se miraba lo flaca que estaba, casi no se parecía a ella, entonces pensó... iré al pueblo y allí buscare a una jovencita que me preste unos vestidos e iré a ver a mi padre por la puerta de las peticiones.

La puerta de las peticiones permanecía abierta hasta la mitad y a ella llegaban todos los que querían que el rey les concediese algo, y ese algo solo era concedido hasta la mitad, pero desde que la princesa estaba en la torre la puerta se había cerrado y a nadie más le habían concedido ningún deseo.

Cuando la *princesa gorda*... llegó al pueblo no había nadie afuera y todas las casas estaban cerradas, solo una estaba semiabierta y hacia allí se dirigió, dentro encontró a un joven vestido con un extraño traje verde y el pelo largo recogido en forma de trenza.

_ Buenos días, dijo la princesa...

_ Muy buenos días tenga la hermosa princesa que alumbra este día

La joven se asustó, pues pensó que la había reconocido, ella no sabía que él era un juglar y los juglares siempre que ven a una bella joven la llaman princesa como las de sus historias.

_ ¿Me conoce usted?

_ Nunca antes había yo visto belleza tan exquisita y a sus pies pongo mi fuerza...

_ Ja ja ja rió la princesa... es que hablas tan lindo... ¿siempre haces así?

_ Soy Juglar y de cantar así me gano la vida, voy de reino en reino, de pueblo en pueblo, de aldea en aldea y a todos cuento historias reales o inventadas por mí, por eso soy un juglar...

_ Y ¿como haces para contar las historias y que todos te crean?

_ Es que a los juglares siempre nos han creído todo lo que decimos pues contamos las historias que engrandecen a los hombres, contamos las hazañas de las guerras y las victorias de los reyes, por eso nos creen...

_ Creo que tú me puedes ayudar, le dijo la princesa, es que tengo un gran problema.

Rápidamente le contó su vida y le contó lo que a nadie había dicho: el por qué había escogido el nombre de Laura.

El juglar llevaba dos días en Crucecita y salía a cantar siempre a la misma hora. Esa tarde no salió solo, iba acompañado de otro juglar que andaba con la cabeza baja mientras el otro contaba una nueva historia.

A la voz del juglar todos salían de sus casas y caminaban tras él hasta la plaza frente a palacio y allí todos escuchaban extasiados lo que les decía...

_ *La reina de un país lejano y frío estaba esperando un hijo, ya faltaba poco para que su criatura naciera y el rey se tuvo que ir a la guerra, la pobre reina se quedo sola en el palacio con sus sirvientes, estaba muy triste y preocupada por la suerte de su amado...*

La reina Victoria Chipoja y el rey Victorio Lampiño escuchaban atentos en su balcón la historia, el rey aunque Lampiño tenía muy buena vista y notó que ese

día había mas de un cantor pero no dijo nada y se puso muy contento porque así les cantarían mas historias.

_ No se detenga cantor, grito el rey desde su trono portátil

Y el juglar continuó así

_ *Y entonces la reina prometió a los dioses que si su esposo regresaba victorioso de la guerra coronado de laureles, su primera hija se llamaría **Laura**, que viene de laurel y que significa victoria*

Al escuchar estas palabras la *Reina Chipoja* nuevamente se desmayó y el *Rey Lampiño* gritaba:

_ ¡A la torre, a la torre, liberen a mi bella *Victoria la gorda*! Que injusto he sido, tanto tiempo separado de ella por no saber, por no escuchar. ¡Rápido busquen a mi bella *Laura*!

_ Aquí estoy, aquí estoy papá, grito la princesa vestida de juglar desde el centro de la plaza.

El pueblo no salía de su asombro y la reina entraba de un desmayo en otro...

De brazo en brazo fueron cargando a la princesa gorda, que estaba tan flaca que parecía una pluma de ave, hasta que llego a las puertas del palacio donde en persona su padre el *Rey lampiño* la esperaba para darle un abrazo y pedirle perdón por todo lo que la había hecho sufrir.

La princesa muy conmovida, le dio un beso y le dijo:

_ Te quiero mucho papá - y como si el tiempo no hubiera pasado le preguntó - ¿A que hora es la ceremonia del deseo?

_ A las 9 de la noche, como siempre, querida hija.

Esa noche en cuanto el Reloj Real dio las 9 campanadas, comenzó la *danza del laurel*, todos llevaban ropas de campañas y botas de cuero con tres hebillas de plata y la pareja de la princesa no era el más bello de los galanes del reino, era el gracioso juglar, con su trenza larga.

Cuando la princesa salió a pedir sus deseos el pueblo a coro gritaba

_ ¡Viva la princesa!

_ ¡Viva nuestra princesa!

Un gran silencio se hizo en la plaza y la jovencita dijo:

_ Quiero usar botas de cuero con tres hebillas.

Y el pueblo gritó:

_ ¡Concedido hija!

_ Quiero que todas las niñas de Crucecita aprendan a leer y a escribir

Y nuevamente el pueblo coreó:

_ ¡Concedido hija!

_ Quiero que no me digan más *Victoria la gorda*

_ Como usted ordene, su alteza - dijeron a coro todos

Y con voz apurada dijo su gran deseo:

_ Quiero llamarme *Laura* y casarme con el juglar

_ ¡Viva la princesa *Laura* y su esposo el juglar!, gritó el bufón del reino y dando una voltereta besó la mano de la princesa.

Cuentan que a partir de ese día nadie mas en Crucecita se llamo Victoria ni Victorio y que Laura fue la más hermosa y buena reina que haya conocido jamás la historia de los reyes reales e inventados.

La niña de Altea



_ Pues si mi niña, la historia que te cuento es tan cierta como que me llamo Ulpiana Canuta de la Caridad González Dellundé.

_ Cuéntame abuela, cuéntame...

_ Cuando eso yo era muy chiquitica, pero me acuerdo como si fuera hoy mismo, aquí en la esquina de la casa vivía una gallega, realmente era asturiana pero todos le decían **María la gallega**, ella tenía una bodega muy grande que como era tan grande todos le llamaban el **bodegón de María**, a mi me gustaba ir al medio día a la hora de la siesta, cuando todos menos María y yo dormían en el pueblo.

María vendía los dulces mas ricos y pequeños que se hacían en toda la habana y no solo eran ricos sino que eran bellos y curiosos las galleticas tenían forma de carrusel, de flores o de animales, los merenguitos parecían ramos de rosa de diferentes colores y a veces en el silencio del mediodía había que mandar a callar a las lenguas de menta y de fresa que no se cansaban de charlar y de reír en alta voz molestando la siesta de las alteas.

Las alteas eran la especialidad de la casa, daba gusto ver la ronda de niñas y niños de chocolate con sus vestidos de fresa, melocotón, menta y yema, con sus ojos confitados y la boca de mazapán de fresa, cada vez que se vendía uno María lo sustituía por otro pues no le gustaba dejar el ruedo incompleto pues le parecía que las alteas se aburrirían en lo que llegaba el nuevo comprador...

_ Abuela ¿y qué son alteas?

_ La altea es un dulce blando y pastoso como un merengue chicloso que se le pueden dar diferentes sabores y formas y luego se recubren de chocolate... algo parecido a la africana... pero mas rica.. a mi la que mas me gustaban eran las de fresa y las de vainilla

_Abuela que ricoooooooooooooo, se relamía de gusto la niña mientras escuchaba a la abuela.

Pues te cuento que mi hermano Otilin, era muy goloso y cada vez que podía se iba conmigo al bodegón a comprar todas las chucherías que vendía María la gallega y un medio día de esos que yo me escapaba para allá, me quede asombrada cuando al llegar a la puerta del bodegón me encontré con mi hermano que estaba extasiado mirando la rueda de alteas, pero casi me desmayo cuando escuche una voccecita que decía

_ Otilito llévame a tu casa quiero jugar con niños de verdad
A mi hermano los ojos le daban vueltas y el corazón le latía tan fuerte que le movía la tela de la camisa... la vocecita se volvió a escuchar

_ Otilito sácame de aquí soy una niña de verdad que me caí en la cazuela de chocolate de María, me llamo Glendita, sácame de aquí

_ Pero ¿por qué eres chiquita? si fueras una niña de verdad fueras del tamaño de mi hermana

_ Sácame y después te explico

_ ¿Cómo te voy a sacar? Ya sé... ¡te compraré!

La idea de comprar una altea era muy sabrosa al paladar pero... ¿comprar una altea que hablara iba a ser muy difícil que pudiéramos comérmolas? pero se veía tan bonita con su vestidito fresa y sus ojitos confitados que llamamos a María y le pedimos que nos vendiera esa altea que en cuanto vio entrar a la dueña se quedo calladita y quieta como si ella nunca hubiera dicho una palabra En cuanto tuvimos a la altea Glendita en nuestras manos salimos corriendo para el patio de nuestra casa que era lo mas cerca que nos quedaba y se nos podía derretir nuestra amiguita...

Una vez en el patio Glendita la altea nos contó que ella vivía en la casa de madera que esta al final del pueblo y que como no le gustaba comer se fue poniendo chiquitica y chiquitica y que un día ella salió de compras con su mama al **Bodegón de María** . Era tan rico el olor del chocolate que salía de la cocina que sin que nadie se diera cuenta caminó hacia allá y como el Ratoncito Pérez se acerco a la olla y se asomo para ver como era el asunto ese de hacer las alteas. Tanto se emocionó que se cayó de la oreja de la olla donde estaba parada

Cuando María regreso de atender a su mamá la saco y la decoró siempre dijo...

_ Esta altea me ha quedado un poco más grande pero está tan bonita parece una niña de verdad que la voy a dejar así

_ ¿Y que tiempo hace que te volviste altea? Preguntó mi hermano

_ Creo que una semana mas o menos

_ Ah, ya sé quién es tu mamá, recordé yo. es la señora que nos asustó con el cuento de que su niña que era del tamaño de un huevo de gallina se le había perdido

_ ¿Quieres que te llevemos para allá?, preguntó solícito mi hermano que estaba muy feliz de ser el salvador de Glendita

_ Si quiero y además me esforzare por comer para crecer y que nunca mas me puedan convertir en altea

La llevamos de regreso a su casa y la mamá que se llamaba Glenda también se puso muy contenta y nos invitó a tomar limonada fría con galleticas del **Bodegón de María**.

_ Abuela ¿y nunca mas tu has vuelto a ver a la niña altea?

_ Si, como no, a partir de ese día fuimos las mejores amigas y hoy somos las mejores hermanas pues con los años Glendita la niña de altea se caso con mi

hermano Otilin, y me dijo el día de la boda que ella se había enamorado de mi hermano Otilin el día que lo vio frente a la vidriera del **Bodegón de María**

_ Que cuento tan ricoooooooooooo, hazme otro abuela

_ Eso lo dejamos para mañana que te voy a contar la historia del perro, la gata y el chivo que se montaron en un globo y llegaron al polo norte

_ ¿De verdad Abuela? Me voy a dormir temprano para que llegue pronto mañana chaoooooooooo

Hilda María Alonso

Cuba

osnola@infomed.sld.cu

Ilustración: (En el reino de la crucecita) Guy De Boeck

Pintor Y Escritor

BÉLGICA

yiqdrya@coditel.net

(Niña de altea): Sarah Graziella Respall

5 años, preescolar

Cuba

EL TABURETE MAGICO



Contaba mi padre que el de pequeño era muy propenso al llanto, por cualquier cosa y sin motivo aparente comenzaba a llorar incontinentemente podía hacerlo hasta que se cansaba u olvidaba el motivo que lo habia impulsado a ello.

Aquello era insoportable y todos en la casa se sentian molestos por su grado de malcriadez, pero como tenia solamente cuatro años y era muy enfermizo, le toleraban las majaderias.

Ya no se sabia que hacer, porque las perretas se multiplicaban por dia...

Hasta que su abuelo encontró una solución, mandó a buscar al carpintero y despues de una misteriosa conversación en privado con el hombre y cuando se hubo marchado, llamó a la curiosa familia y les explicó que había mandado a construir un mueble especial...

Pasaron varios dias y por fin una mañana se aparecio el carpintero con el esperado misterio, era un pequeño taburete de caoba barnizada, con el respaldo y el asiento de piel, el abuelo lo coloco en un rincon del comedor, llamo a Yoyito, que asi le decian a mi padre, y le explicó que era un asiento especial, asi que cuando sintiera deseos de llorar se lo dijera para explicarle lo que tenia que hacer, pero que debia estar sin llorar un tiempo para que surtiera efecto.

Segun mi padre aquello le gustó mucho, le pareció mágico y aguantó estoicamente a pesar de que tuvo motivos suficientes para llorar ese dia y parte del siguiente, para tranquilidad de los que le rodeaban y esperaban el resultado del experimento.

Así que cuando entendió que estaba preparado decidió ponerlo en practica, se acercó al abuelo que leia sentado en el portal y le dijo:

--Abuelo ahora tengo deseos de llorar. ¿Que tengo que hacer?—

El anciano le contestó :

-Vaya mijito coja su taburete y sientese al final del traspatio, alli podra llorar comodamente hasta que usted quiera.-

Dicho y hecho con su taburete a cuestas fue hasta el lugar señalado y lloró todo lo que quizo. La casa era grande, tenia un patio cementado y despues uno de tierra lleno de flores y arboles frutales, desde alli lo podian ver pero no escuchar la griteria del pequeño lloron.

Cuando se aburrió de estar llorando solo decidió regresar a la casa , arrastrando el taburete se dirigio al abuelo y le preguntò:

- Abuelo Ya termine de llorar ¿Que tengo que hacer ahora?

El abuelo muy serio le explico:

-Por el momento ponga el taburete en su lugar y solo utilicelo cuando realmente tenga deseos , porque de lo contrario no dara resultados. -

Asi que cada vez que tenia deseos de llorar recordaba lo dicho por el abuelo y solo lo hacia cuando estaba muy justificado el llanto.

Fue un remedio eficaz y practico que trajo excelentes resultados , poco a poco las llantinas se fueron espaciando para tranquilad y disfrute de los que rodeaban a Yoyito.

Años despues todavía estaba en la casa de mi abuela el famoso taburete magico, se perdio en el tiempo, como casi todo lo querible e inolvidable de nuestros seres mas cercanos.

Ya no estan los abuelos, ni mi padre , ya se fue mi madre...

¡Pero cuantas veces a lo largo de mi vida he querido tener un taburete asi y un rincon para llorar ...!

Idania Izquierdo Miller

La Habana, 2003

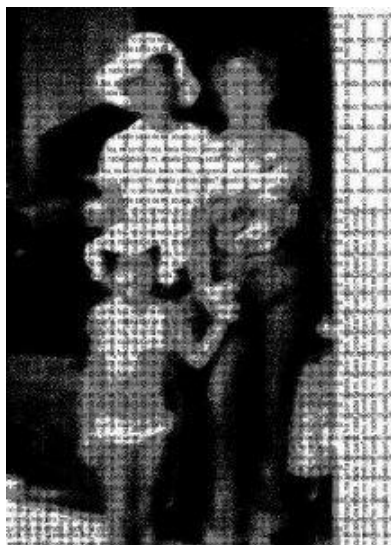
idaniaizquierdo@hotmail.com

Ilustración: Milton Bernal Castro

Cuba

milton@tel.etecsa.cu

Lucio y Lucia



Eran dos hermanitos que siempre andaban inventando algunas diabluras. Por más que su madre les diera algunos chancletazos, nunca se acobardaban.

Un día, se escaparon de su casa, anduvieron por unos montes sacándoles los huevos, a los nidos de las palomas, hasta de los gorriones, se iban a un escondite que tenían en unos barrancos, allí encendían un fuego, con unos fósforos que Lucio llevaba, ponían agua en una lata de durazno vacía, la colocaban encima de dos terrones y ponían los huevitos a cocinar.

Después de algunos instantes, volcaban el agua sobre el fuego para que se apagara, y muy contentos los dos hermanos se comían los huevitos, quedando los dos muy satisfechos. Volvían contentos a su casa, juntando algunas ramas secas para la cocina de su madre, que se quedaba contenta, con la leña que traían sus hijos, pero los rezongaba porque se fueron sin permiso. Pero ellos siempre inventaban alguna cosa para quedar bien con su mamá, les decían: -Tú estas tan ocupada con nuestros hermanitos, que decidimos ir a juntar leña.

La madre orgullosa de sus hijos, los besaba y les decía: - De cualquier manera yo quiero saber donde andan, les puede pasar algo, o los roban las gitanas.

Los niños reían y decían:

- Quédate tranquila mamá, nosotros no sabemos cuidar bien.

Un día a Lucia le empezó a doler la panza. ¡Hasta fiebre hizo!

La madre llamo al doctor, que le apretó la barriga.

Es el hígado, ¿qué comió? - pregunto el doctor.

Los guisitos de siempre, doctor.

Lucio detrás del doctor le hacía seña que no dijera nada.

Póngale unos pañitos de agua fría que se le va a pasar, si no se le pasa, me vuelve a llamar, que yo vengo.

El doctor se despidió, y su madre agradecida quedó muy agradecida.

Pero alguien comentó a su padre, que habían visto a sus hijos en los barrancos:

- Es un lugar peligroso, - le dijo, para andar por esos lugares, para ellos que aún son chicos. - Era un compañero de trabajo.

- No es para que te preocupes, pero por cualquier cosa que llegue a pasar, te pongo al tanto -. Su padre agradeció a su compañero, por la advertencia.

Cuando largo de trabajar fue hasta los barrancos, donde encontró la guarida de sus hijos, allí estaba la lata de durazno, las cáscaras de los huevos y en un hueco, tenían una caja de fósforos. Comprendió que sus hijos habían actuado con prudencia, habían comido, apagado bien el fuego, pero eso sí, merecían una

paliza. Pensaba que castigo podía darles. Ya iba llegando a su casa, aún no sabía que hacer, tenía ganas de sacarse el cinto y darles unos buenos cintazos.

Cansado de trabajar, o por el enojo, iba acercándose a su casa. Sus hijos corrieron alcanzarlo, el primero en llegar fue Lucio, que le dio un beso y se apresuró a contar lo que le había pasado a Lucia. La madre le alcanzó un mate y le contó todo lo que había pasado, que ya sus hijos habían contado a su manera. Eran cuatros hermanitos, los mayores Lucio y Lucia, Doroteo de tres años y Martita de un año.

Su padre nada dijo, su mujer lo miró extrañada. Su esposo siempre se preocupaba por la salud de sus niños. Tomó mate sin hablar, hasta sus hijitos lo miraban, sin decir nada. Siempre cuando venía de trabajar les contaba algún cuento, ese día nada. Su señora se empezó a preocupar, le preguntó qué le pasaba, si se sentía enfermo. Él seguía sin hablar.

De pronto dijo: - Si, estoy muy triste, porque al pasar por el monte, encontré a todos los pajaritos llorando, les pregunté que pasaba, y me mostraban sus niditos vacío, alguien les había robado los huevitos, dentro de esos huevitos estaban sus futuros hijitos, ¡pobrecitos! Su mujer no entendía nada. - Imagínate si nos roban un hijito a nosotros, ¿qué haríamos? Pobres pajaritos, esta noche pasaran toda la noche llorando.

Lucio y Lucia se miraron con cara de complicidad, empezaron a llorar y se reprochaban uno al otro. - Yo te decía que no debíamos hacer eso. - Pero bien que te los comías, contestaba el otro. - Pero ¿qué pasa? - preguntó el padre, como si no supiera nada. - Papá, fuimos nosotros los que comimos los huevitos, perdónanos, no lo volveremos hacer más. - ¿Pero ahora qué hacemos con esos pobres pajaritos? - preguntó el padre. - Mañana temprano yo les llevo un puñado de trigo, para que pongan más huevitos, les voy a decir que yo y Lucía no le comeremos más sus huevitos.

El padre aliviado, por la reacción de sus hijos, respiró aliviado por no tener que castigarlos. Su madre miraba incrédula la habilidad de su esposo, para sacarle la verdad a sus hijos. Estos contentos porque se salvaron de la paliza. Su padre les preguntó - ¿Ustedes pasan hambre? ¿Su mamá no les da de comer?.

¡No!, papá, nosotros no pasamos hambre, solo que nos gustan los huevos.

En ese caso le piden a su madre un huevo pasado por agua, no mucho, porque se pueden enfermar del hígado, se justificaría que ustedes hicieran una cosa igual, solo cuando el hambre es muy grande. En ese caso saquen solo lo necesario, pero siempre dejen algunos huevos, para que siga dando vida los pájaros del monte.

Sus hijos se sentaron en las rodillas de sus padres y se lo comieron a besos.

EL REGALO PARA LUCIO

Cuando Lucio cumplía su primer añito, nacía su hermanita y le correspondía el mismo nombre que él según el almanaque, por lo tanto paso a

llamarse Lucia. Según su padre era el regalo que trajo la cigüeña para él, tendría que cuidarla y quererla mucho.

Desde entonces Lucio estaba contento, se pasaba al lado de la cuna de su hermana, cuando lloraba llamaba a su madre, era porque tenía hambre, si no nunca lloraba.

Él llamaba a su madre y esta le daba la teta. Cuando se llenaba, hacía provecho y seguía durmiendo.

- ¿Cuándo va a ser grande como yo – le preguntaba Lucio a su madre.

- Falta menos de un año – contestaba ella.

- ¿Podrá jugar conmigo?

- ¡Como no, si es tuya! Tendrás que cuidarla mucho, que no te la roben las gitanas.

-Yo voy a estar siempre al lado de ella - contestaba Lucio, que era una ratita, y jugaba alrededor de la cuna de su hermanita.

Sus padres contentos porque su hijo aceptó tan bien a Lucia.

Quizá sería porque él estuvo mucho tiempo con sus abuelos, pues su madre tuvo que hacer mucho reposo, antes de nacer su niña.

Cuando cumplió un año, y su hermanita empezó a dar los primeros pasitos, Lucio la paseaba por el patio, después al jardín. Su madre no los perdía de vista, mientras pensaba: “Estos dos, - van hacer más compinches.”

La verdad era que siempre estaban juntos, a veces la madre los veía que llevaban tierra a la boca, entonces los rezongaba y se las lavaba bien. Otras veces, alguna hormiga los picaba. ¡Hasta en eso eran solidarios, si lloraba uno también el otro!

Así empezó la historia de estos dos niños. Con el pasar del tiempo le sacarían canas verdes a su mamá, que se desvivía por tenerlos siempre limpios, y ellos cuando llegaban visitas a conocerlos, se escondían debajo de una mesa mientras no se iba la gente. La madre tenía que sacarlos de allí abajo para que se despidieran de los vecinos, que decían:

Parecen medios tímidos, pobrecillos.

Los Macachines



Lucio le dice a su hermana:

Otra vez mamá esta haciendo mazamorra, yo no quiero volver a comer otro día más.

Ni yo tampoco - contesto Lucia,- pero que podemos hacer.

¿Si le sacamos algunos huevos a las gallinas?

Mamá se va a dar cuenta, porque sabe los huevos que ponen- contestaba Lucia.

Vamos para el monte, algo vamos a encontrar- decía Lucio entusiasmado a su hermana.

Pero Doroteo el menor que ellos, dijo:

Yo también voy con ustedes, porque son capaces de volver a comerles los huevitos a los pájaritos, saben que papá no quiere.

Este es medio loro - decía Lucia,- capaz que cuenta todo.

Llegaron al monte, vieron que detrás, había un campo lindero, donde un chacarero estaba arando la tierra, se arrimaron a la tierra arada y contemplaron la gran cantidad de macachines, grandes y gordos, los tres se abalanzaron sobre ellos los limpiaban un poco en sus ropas y se los comían con una avidez tremenda. El chacareros les decía:

Lávenlos bien antes de comerlos, les puede hacer mal, sus padres los van a castigar.

Sí señor, lo limpiamos bien, gracias.- contestaba Lucio.

Cerca de medio día iban llegando a su casa, su madre los esperaba con la chancleta en la mano, porque se habían ido sin permiso, ninguno de los tres se animaban a entrar, se metieron en un pozo que la gente de la UTE había hecho para colocar las columnas del alumbrado público, pues por entonces estaban por poner la luz eléctrica en el pueblo.

Desde allí miraban los movimientos de su madre, que les puso un plato de comida en la puerta, si tienen hambre van a entrar, pensaba, pero no sabía que sus hijos estaban llenos, no tenían más ganas de comer mazamorra.

Iban pasando las horas, los muchachos no salían, pero al más chico, le empezó a picar el hambre. Se acercó despacito. Cuando fue a agarrar el plato lo agarraron a él y los niños oyeron el llanto del gurí.

- ¡Que bobo! - decían los hermanos mayores.

¿Y nosotros que hacemos? - preguntaba Lucia a su hermano.

Ahora nos conviene esperar a papá, o nos salva o la ligamos doble - decía Lucio.

Paliza más chica o más grande era lo mismo, total ya estaban perdidos. Se pusieron de acuerdo y decidieron esperar a que su padre llegara del trabajo. Ya eran la cinco y media, cuando vieron venir a su padre y corrieron a alcanzarlo, le dieron un beso y se le prendieron del pantalón, contaron a su manera lo que habían hecho:

Mamá esta con la chancleta en la mano esperándonos.

En que lío me meten - les decía su padre- me van hacer pelear con mamá, Si los defiendo es capaz se quedan sin papá o sin mamá.

Pero nosotros nos quedamos contigo -decían sus hijos.

Bueno vamos a ver que podemos hacer- dijo su padre.

Llegaron los dos prendido de los pantalones de su padre, su madre en vez de darle un beso a su marido fue derecho agarrarlos a ellos, el padre dijo:

Primero dame un beso, después arreglas cuenta con ellos- y la abrazo.

No los vayas a defender, son unos bandidos, no se merecen que usted los defienda.

Anda tráeme un mate y tranquilízate.

Mientras la madre aprontaba el mate, los dos se sentaron en las rodillas de su padre y miraban desafiantes a su madre.

El padre buscaba la forma de convencer a su mujer:

Pobrecitos, están sin comer todo el día, por hoy perdónalos, - bastante penitencia tuvieron todo el día metidos en ese pozo.

Pero el chico se la ligo - decía la madre - y ellos que son los inventores de las diabluras, se van a quedar sin castigo alguno, no es justo -contestaba.

Bueno- dijo el padre a sus hijos-, si ustedes me prometen no hacer rabiar más a mamá y se van a portar bien, su madre los va a perdonar.

Sí - dijeron los dos a mismo tiempo.

Bueno denle un beso a su madre y pídanle perdón.

Los dos fueron sobre su madre besándola y pidiendo perdón, así que ella no tuvo más remedio que perdonarlos.

- Pero, eso sí, se lavan bien las caras y las manos, me comen la comida y se van a dormir que no los quiero ver hasta mañana. Miren esas ropas todas sucias, parecen unos mendigos.

Calladitos se fueron a lavar a comer, a dormir, y antes de acostarse vinieron a pedirles la bendición a sus padres como hacían siempre. El padre les dio la bendición, haciéndole una guiñada a su hijo mayor. La madre dijo:

Ustedes no se lo merecen, porque parece que quieren más al diablo que a Dios, les doy la bendición, pero eso sí, se hincan de rodilla ante la virgen que está colgada en el cuarto y les rezan, pidiéndole perdón a Dios.

Así lo hicieron, Lucia y Lucio se abrazaban y decían:

Viste como nos salvamos.

Mientras, su hermanito más chico aún tenía la cola caliente, por los chancletazos de su madre.

Jesús Lucio Gutiérrez Pérez

Montevideo

Republica Oriental del Uruguay

jlucio@adinet.com.uy

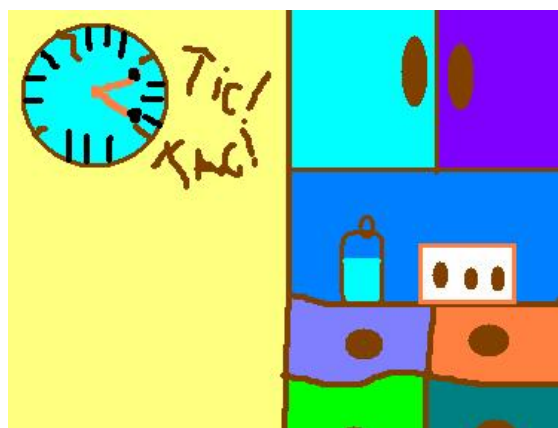
Ilustración: Gabriela Alonso

Buenos Aires, Argentina

www.gazonadearte.com.ar

info@gazonadearte.com.ar

EN MENOS QUE CANTA UN GALLO



Un día el sol no salió en Villa Soler.
Ese día no pareció: un día.

Ya eran las siete de la mañana cuando Armando Diaz, el sereno de la cooperativa de luz, extrañado y en el medio del frío invernal, cruzó hasta la plaza Intendente Salvattori.

En la otra punta de la plaza, Benigno Lucero, el panadero, miraba al cielo buscando un rayito de luz.

La farmacéutica Marisol Solari, saliendo de la farmacia de turno "Del Pueblo", escuchó el silencio.

Y en la plaza, se encontraron los tres.

" ¿ Estará por llover que está tan oscuro ?" -arriesgó Marisol.

" No m' hijita, no ve que está todo estrellado" -afirmó don Lucero-, " acá pasa algo raro."

" Sí, es extraño, no hay pájaros cantando" -dijo la joven.

" ¿ Y el gallo de doña Esperanza ?, ¿ alguien lo escuchó ?" -dijo Diaz y agregó:

" Para mi tendríamos que ir a ver al comisario."

Caminaron, en una cerrada oscuridad, hasta la vieja comisaría.

" ¿ Qué andan haciendo por acá tan temprano?. ¿ Pasó algo?."

" Y...no amaneció."-contestaron a coro.

" ¿ Cómo va a amanecer si todavía no cantó el gallo de doña Esperanza ?...

¡¡ Pero pucha !!!, a esta hora ya tenía que haber cantado." -reflexionó el uniformado.

" Andará atrasando el gallo." -dijo el sereno.

" ¡¡ Habrá que ponerlo en hora !!"-sentenció el comisario.

Doña Esperanza tardó en responder los golpes a su puerta.

" ¿ Quién es ?. ¿ Quién molesta a esta hora ?."

" ¿ Doña Esperanza ?, soy el comisario. Venimos a ver que le pasa al gallo, que no canta y nos está retrasando el amanecer. Usted sabe que es el único gallo cantor de Villa Soler."

Todos entraron a verlo. Allí estaba, con el pico apoyado en un ala, triste, con la mirada perdida.

" Algo le ha pasado a este gallo, mírelo, ¿no lo ve caído? ¿Estará cansado?, ¿afónico?, ¿tal vez alguna desilusión amorosa?." -dijo preocupado el panadero.

El gallo, al escuchar el último interrogante, clavó sus ojos en el panadero.

Doña Esperanza trató de reanimarlo.

" Déle, Gardelito, ¿ qué le pasa ?, ¿ porqué no me canta ? A ver: ¡ qui-qui-ri-quí !, ¡ qui-qui-ri-quí !, ¡ qui-qui-ri-quí !. "

" Estará cansado nomás, anoche estuvo molestando hasta tarde, no nos dejó comer el puchero tranquilos."

" ¿ Puchero ?, ¿ puchero de qué ?." -interrogó el comisario cerrando el ojo derecho.

" De gallina. Puchero de gallina."

De repente el gallo se largó a llorar.

" Seré curioso doña Esperanza, ¿ compró la gallina en la granja El Amanecer o...?"

" ¡¡ No !!...era una gallina de las mías." -interrumpió la dueña de casa.

El gallo, ahora, lloraba desconsoladamente.

" ¡ Lo que ha hecho !, se ha comido a la novia." -le dijo en voz baja el comisario, cuidando que el gallo no escuchara.

" ¡¿ Y me vas a llevar presa por eso che ?!."

" No, pero hay que conseguir que este gallo cante. Si no canta no va a salir el sol, y si no sale el sol la gente no se va a despertar nunca."

" Bueno, vayan; que si no amaneció yo me vuelvo a la cama." -apuró doña Esperanza.

Mientras todos dormían, ellos caminaban por las calles del pueblo buscando una solución.

" Yo tengo un perico, no es lo mismo pero...a lo mejor..."-comentó Marisol.

El tiempo fue pasando y en Villa Soler todo era oscuridad y silencio.

Coincidieron en que, agotadas sus posibilidades, era hora de recurrir al profesor Zenón Imo.

Don Zenón era un poco de todo: profesor de ciencias de la aglomeración, decorador de ladrillos ambivalentes, moderador de transbordadores anaeróbicos, intensificador de hornos agraciados, veedor de pensamientos disyuntores e instrumentador de meriendas orientales.

Nadie sabía como hacía pero, don Zenón, nunca dormía.

" Yo pienso, reflexiono, medito y llego a la conclusión que estamos ante un serio problema, dilema, conflicto." -dijo en voz alta el profesor.

" Tal vez, quizás, a lo mejor, convendría olvidarse de este animal y probar con otros medios, que hagan iluminar al sol, febo, astro rey...yo digo, comento, menciono, que se podría confeccionar una laaaaaaaaaaaaaaarga escalera para llegar hasta él; una vez allí buscar cómo encenderlo, seguramente cuenta con un interruptor, lo ideal sería que el que llegue hasta allí sea electricista, especialista en soles y lunas...claro que podría ser que se haya quemado la bombita y ahí ya se complicaría llevar otra de similares características...o, tal vez, si el año que viene me comunicara, contactara, hablara, con el profesor Anthony Mon, que estuvo más cerca del sol, cuando hizo, concretó, realizó, aquel viaje en avión..."

" ¡¡ Profesor !! " -interrumpió el sereno, que no estaba tan sereno. - " ¡¡ es algo urgente !!. "

" Entonces propongo, que un tercero, otro, alguien, reemplace a ese animal defectuoso. "

" El chancho está ronco. " -advirtió don Lucero.

" Y el perico no quiso. ", afirmó la joven.

" Yo pregunto, cuestiono, planteo: ¿ no será hora, entonces, de ir a buscar, rastrear, ubicar, al gallo de otro pueblo ?. " -concluyó el erudito, intelectual, sabihondo.

Decidieron ir en busca del gallo de Arroyo Verde, el pueblo más cercano.

Se comentaba que era el más puntual de la zona y que jamás había dejado de cantar.

Muy pronto estuvieron de regreso en la casa de doña Esperanza.

Los dos gallos cruzaron sus miradas, el de Arroyo Verde caminó a paso firme, moviendo la cola; con la cabeza erguida y el pecho inflado. Atrás lo seguía un cortejo de pulposas gallinas blancas.

Se ubicó en el preciso lugar donde todas las mañanas cantaba el gallo de Villa Soler. Hizo unas gárgaras con agua de charquito, afirmó sus pies sobre la tierra, infló aún más su pecho, levantó sus alas y... no cantó.

Su dueño se acercó preocupado, el gallo pareció decirle algo al oído.

" Extraña. " -sentenció el vecino de Arroyo Verde.

Gardelito sonrió hacia un costado, suficiente.

En la apurada retirada, los avergonzados vecinos, olvidaron una de aquellas rechonchas emplumadas batarazas.

" La más linda. " -dijo Gardelito mientras caminaba alrededor de ella observándola.

Hubo un cruce de miradas. Fue en ese momento que la suerte de Villa Soler cambió.

El gallo cantó y cantó y cantó y, al fin, amaneció.

La gente comenzó a despertarse y el pueblo retomó su ritmo habitual.

Tanto cantó aquel gallo que, en Villa Soler, el sol brilló -sin parar- hasta la primavera.

Y dicen que en Arroyo Verde la noche se instaló para siempre.

Gustavo Eduardo Green

Argentina

gustavoeduardogreen@yahoo.com.ar

Ilustración: Isadora Culau

Brasil, 8 años, 4to grado

Correo: isadoraculau02@yahoo.com.br